



*La luz de
Ásynjur*

Inaki Campomanes

Datos de la obra

Título: La luz de Ásynjur.

Saga: Aesir – Vanir.

Autor: Iñaki Campomanes.

Diseño de portada: Iñaki Campomanes.

Imagen interior Sandra: Antonio Rodríguez Cano.

Fecha primera edición: septiembre 2016.

Fecha segunda edición ampliada: abril 2017.

Fecha tercera edición ampliada: noviembre 2018.

Web: <http://www.laleyendadedarwan.es>

ISBN: 978-1537621081

Todos los derechos reservados.

Nota: estos tres relatos son anteriores a los hechos que se narran en los dos libros de “La insurrección de los Einherjar”, y pueden leerse de forma independiente, o de forma complementaria a tales libros. El orden de lectura sin embargo influirá en la comprensión y desarrollo de los hechos narrados.

La luz de Ásynjur: dedicatoria

Este relato nació como un homenaje a todos los niños que padecen enfermedades que se conocen como “raras”, aunque este término siempre me ha sorprendido. Las enfermedades no son “raras”, en todo caso son en algunos casos poco frecuentes. Pero eso no impide que familiares y amigos sufran con la llegada al mundo de un niño o una niña con algún problema.

Aunque este libro se inspiró en un caso real ajeno a mi círculo familiar, yo personalmente he vivido también dos casos similares, y sé lo que es sentir el golpe que da en la vida encontrarse con una situación así. Uno de esos casos terminó bien, o al menos todo lo bien que se podía. El otro, mucho más cercano, lamentablemente se malogró. Desde entonces vivo con ese recuerdo y ese dolor. Pero la vida sigue, y no debes nunca mirar atrás sino para aprender del pasado.

La vida a veces da golpes tremendos, pero precisamente por ello este relato quiere dar una esperanza de un futuro donde esas enfermedades raras sean solo un recuerdo. Son muchas, demasiadas, las situaciones en las que la sociedad parece querer esconder ciertas enfermedades por el hecho de no ser comunes, o por tener ciertas características que parecen atentar contra aspectos absurdos del carácter humano. Una enfermedad nunca será motivo de descrédito o de acusación para quien la padece. Eso quedó para los tiempos de las brujas y la ignorancia.

El mundo será mejor cuando seamos distintos por la forma de reír, y no por la forma de llorar o de acusar a otros. Esa es mi esperanza.

Por todo ello, este relato está dedicado a todos los niños enfermos, recordando a todos aquellos que padecen por cualquier enfermedad, sea más o menos rara, o peor aún, por la incomprensión de la enfermedad. Porque una enfermedad se puede llegar a curar, quizás no ahora, quizás sí con el tiempo y la ciencia. La maldad humana, eso es otro cantar.

Iñaki Campomanes.

Septiembre 2016.

Nota a la segunda edición:

Se ha añadido un nuevo relato, ambientado seis años más tarde, y titulado “La isla de las mil promesas”, que está dentro de “La luz de Asynjur” y narra nueva historia de la princesa Skadi, ahora con quince años.

Abril 2017.

Nota a la tercera edición:

Nuevo relato, ambientado de nuevo seis años más tarde, ya con Skadi cumpliendo veintiún años. El nombre del relato es “La tierra de nuestros antepasados”, y verá a Skadi enfrentarse a su primer gran reto como princesa, y futura reina del Reino del Sur.

Nota del autor sobre la mitología en este relato

El lector podrá observar que se mezclan distintas mitologías en este relato. No se trata de un error. Tiene una explicación que se da a conocer en los dos libros de “La insurrección de los Einherjar”, que fueron escritos previamente a este relato.

Índice

Datos de la obra	3
La luz de Ásynjur: dedicatoria	5
Nota del autor sobre la mitología en este relato	7
Índice	8
Crónicas de los Einherjar	9
Una paz duradera	10
Dolor y sueños.....	13
Llegará una diosa del cielo.....	24
Camino al Valhalla.....	33
Seis años después.....	37
II. La isla de las mil promesas.....	38
Nueva Zelanda. Mediados del siglo XXVII	38
Un camino tortuoso.....	45
Mundos del ayer y del mañana.....	48
Desde el mundo de los sueños.....	54
III. La tierra de nuestros antepasados	57

Crónicas de los Einherjar

Y aconteció que el mundo vio llegar a la que sería la salvadora del hombre, que tendría en sus manos el destino del Reino del Sur, y que sería la guía y el timón de la nave hacia el hogar final. Tiempos difíciles debieron pasar, con la mano divina de la divina Atenea, la de los ojos claros, que guía a la humanidad...

Una paz duradera

Castillo de Helgi. Reino del Sur. Nueva Zelanda. Mediados del siglo XXVII.

La escolta del rey Holger, rey del Reino del Sur, cuya isla era también conocida como Te Waipounamu, se encontraba lista para partir. Eran treinta de los mejores hombres que habían jurado proteger la vida de su soberano como una cuestión de honor. Pero eran mucho más que eso; eran su familia, sus amigos, y sus compañeros en el campo de batalla. Porque cuando se lucha, los vínculos de amistad y de apoyo entre quienes te rodean ayudan a soportar la espera del combate, el fragor de la lucha, y las heridas de guerra.

Pero todo eso, afortunadamente, pertenecía al pasado. Firmado un primer acuerdo con el Reino del Norte, precario pero fundamental para construir una paz duradera, ahora había que establecer lazos más fuertes, más sólidos, más duraderos. La paz es un bien demasiado escaso, y demasiadopreciado, como para dejarlo pudrirse en el océano del olvido.

Eran tiempos difíciles, pero tiempos de esperanza también. Los dioses habían sido magnánimos con las cosechas, y las granjas daban leche y miel en abundancia. Pero el carácter de los dioses es complejo y difícil, y lo que un año trae de bueno, seis puede traer de malo. Todos los dioses, excepto la divina Atenea, la de los ojos claros, que velaba por los pueblos de Las Dos Islas.

En el salón de recepciones del castillo de Helgi todo estaba a punto para el viaje, y el rey sujetaba la espada, en el deseo de que la próxima vez que aquella hoja viese la luz del Sol, fuese para aclamar una paz sólida y duradera entre los pueblos.

La reina Eyra se acercó a él, mientras el rey terminaba de colocarse el cinto con la espada.

—Vamos, déjame ayudarte. Creo que la paz se ha instalado en tu cintura últimamente —comentó ella sonriente.

—Es todo fuerza y pasión por ti lo que acumulo —respondió él mientras terminaba de ajustarse la hebilla.

De pronto, el rostro de la reina cambió. La pesadumbre se instauró en su rostro. El rey lo notó enseguida.

—No van a cortarme la cabeza. Es demasiado ancha hasta para la espada más grande y más gruesa.

—No sería la primera vez que la cabeza es lo único que vuelve del norte —susurró ella. Holger la tomó por los hombros.

—Tenemos que ser fuertes en tiempos de guerra. Pero tenemos que ser más fuertes en tiempos de paz, porque la guerra solo supone destrucción y muerte. Pero la paz supone conocer a quien te ha odiado, estrecharle la mano, y olvidar el pasado, para construir un mundo mejor para ambos. Los Reinos del Norte y del Sur llevan luchando desde los tiempos de las crónicas más lejanas en el tiempo. Y antes que ellos, los propios dioses, que quemaron la tierra y el mar, y nos dejaron estas tierras para dar una nueva esperanza a la humanidad. Ellos, y la divina Atenea, que vela por esta paz. Con ella no hemos de temer nada.

La reina Eyra suspiró, alzó los ojos hacia su marido, y acabó sonriendo levemente. Dijo al fin:

—Siempre terminas haciéndome sonreír, incluso ante las peores penas y el mayor dolor.

—Esa es la mayor victoria de mi vida —aseguró el rey Holger. Si no puedo haceros sonreír a ti y a Skadi, ¿qué más me podría quedar en la vida?

—Tu reino —aseguró ella. Él asintió.

—Un reino sin reina. Un rey sin reina. Un mundo sin ti. De qué me sirve vivir y ser rey, si no tengo con quién compartir el dolor que supone luchar por los tuyos...

—Te debes a tu pueblo —aseguró Eyra. El rey asintió de nuevo, y tras unos segundos, respondió:

—Como rey, me debo a mi pueblo. Como hombre, me debo a ti. Y como padre, me debo a Skadi. Soy los tres. Y los tres soy yo. Si uno de ellos se pierde, los otros nunca habrán existido.

—Vete ya. Y procura no estallar debajo de ese cinturón.

—Te burlas de mí porque tengo que irme.

—Me burlo de ti porque tengo miedo a perderte.

—No te preocupes. Parte con Skadi a Piopiotahi. Descansa allá, y pronto la paz será por fin un hecho. Debemos sellar esta paz, Eyra. Debemos contemplar un día donde ambos pueblos vivan en paz, para siempre.

—Ese es mi rey —aseguró ella sonriente—. Vete ya. Y que los dioses y la divina Atenea estén a tu lado.

—Lo estarán, mi reina. Lo estarán.

El rey salió del castillo al patio, donde le esperaba la escolta. Miró a la torre donde se encontraba la reina Eyra, y saludó. Ella saludó a su vez. Luego el rey dio la vuelta, y se dirigió al norte.

Skadi, la hija de ambos, jugaba como siempre, soñando que luchaba en cualquier batalla imaginaria, ignorante de todo cuanto acontecía. El manto de Odín protegía los Dos Reinos, y su poder guardaba la poca vida que quedaba en un mundo devastado y polvoriento. En todas partes, menos en las Dos Islas, donde la vida aún florecía. Y donde se escribiría el futuro de la especie humana...

Dolor y sueños

Fiordo de Piopiotahi. Nueva Zelanda. Diez días más tarde.

La reina Eyra estaba sentada sobre una gran piedra horizontal, su mirada perdida en el horizonte de aquel día lleno de luz, en el fiordo de Piopiotahi, nombre que evocaba una antigua leyenda sobre la creación del mundo y del hombre.

¿Cómo podía alguien en el mundo sufrir ante un día así? ¿Por qué cantaban aquellas historias terribles las páginas de las Crónicas de los Einherjar? Y, lo que era más importante: ¿qué negociaciones llevaría a cabo su rey frente a los reyes del Norte? Temía por su vida, pero sabía que aquello era probablemente exagerado. Claro que no era la primera vez que un emisario, y aun un rey, volvía envuelto en sangre y en pedazos del Norte, como bien le había advertido antes de partir. Pero Holger no estaba acostumbrado a las tareas fáciles. Su padre le había educado en un modelo de vida en el que el sacrificio y el honor eran la clave de la vida, y no podía concebir otra forma de llevar adelante su reino sino buscando una paz eterna, si eso fuese posible.

Pero eran otros tiempos. Otros reyes. Y otra esperanza de paz. Ella allí, con Skadi, pretendía descansar. Había estado recorriendo todo el centro de la isla para promulgar las nuevas, ya que a la reina le correspondía llevar directamente los asuntos más importantes al pueblo, y escuchar de este sus problemas y sus quejas. Pero el descanso se torna difícil cuando el corazón vive en el eterno tormento de la duda y del pesar.

Mientras, la paz y la quietud de aquellas aguas del fiordo, y aquellas montañas cercanas, invitaban al descanso y a la reflexión. Era un lugar maravilloso, donde Skadi se sentía en plena libertad, y podía correr como una loca, aunque, eso sí, sin que los árboles se apartaran de su dura cabeza.

A lo lejos vio una conocida figura. Era el capitán del castillo de Helgi, Anaximandro, que se acercaba sin duda con nuevas noticias. Eyra no pudo evitar sentir un nudo en el estómago. El rostro de Anaximandro era serio, aunque eso no significaba nada. En su

propia boda había mantenido esa cara todo el tiempo, y también cuando nació su heredero. Era un hombre frío, metódico, pero de una eficiencia y fidelidad intachables.

Eyra se levantó, y Anaximandro se acercó a ella. Se inclinó levemente, y se mantuvo en silencio.

— ¿Quieres hablar ya, o es que quieres que la reina sufra un ataque?

— Mi reina, traigo buenas noticias, y malas noticias.

— Sirve primero las malas noticias.

— El rey del norte no se pliega a las actuales fronteras. Quiere que los puertos que tomó durante la guerra en la isla del sur sigan siendo compartidos, y que su flota de naves pueda encontrarse estacionada en los mismos en todo momento. — Eyra suspiró profundamente. Luego dijo:

— Ya lo hablé con el rey. Eso es como tener un cuchillo preparado en todo momento en nuestro cuello. Dependemos del estrecho de Raukawa para asegurarnos de que no se inicia un ataque por sorpresa. ¿Cuáles son las buenas noticias?

— Que el rey sigue vivo. De momento. — Eyra no pudo reprimir un grito. Preguntó a Anaximandro:

— ¿Te das cuenta de lo que dices? ¿Son esas las buenas noticias?

— Mi reina, dadas las circunstancias, podemos decir que debemos sentirnos satisfechos de estas noticias. Pero las negociaciones siguen. Nuestro rey insiste en que esas naves, y esos puertos, han de ser abandonados por el reino del norte. Personalmente soy optimista.

— ¿Eres optimista? Eso es mucho. Para que tú seas optimista la situación debe ser mucho mejor de lo que parece. ¿Vas a partir de nuevo?

— Partiré enseguida, señora. El rey me ha ordenado que doble la defensa en la línea del lago Grassmere.

— Eso está bien. Esa posición es buena para ser defendida. Si algún día se desarrolla una gran batalla en el norte de nuestra isla, ese será sin duda un lugar clave para dirimir la contienda.

Anaximandro saludó con un golpe en el pecho, se puso firme, y marchó dando media vuelta. Eyra se sentó, apesadumbrada. ¿Eran buenas noticias? No quería ni imaginar lo que estaría pasando su rey esos días. Se sentía culpable, estando ella allá, en ese paraíso idílico. Pero era importante para el rey sentir que ella y Skadi estaban lejos y protegidas.

De pronto, Eyra salió de su estado casi hipnótico. Un ruido, que sin duda no auguraba nada bueno, se escuchó cerca.

—¡Skadi! ¿Otra vez? —A unos metros de donde se encontraba la reina Eyra, la joven princesa Skadi, de solo nueve años, jugaba y corría entusiasmada con su espada de madera, cuando se dio un cabezazo contra un enorme árbol, cuyas ramas más delgadas eran mayores que la propia princesa. Skadi cayó de bruces y se golpeó la cabeza. Quiso llorar, pero también quiso mostrarse altiva, y reprimió el momentáneo dolor del golpe con orgullo, como le había enseñado a hacer su padre.

Parecía increíble que Skadi no se hubiese lesionado de forma más grave. Era evidente que era dura como lo había sido su abuela en su juventud.

—¿No lloras? —le preguntó su madre acercándose a la joven—. El golpe ha sido terrible.

—Padre dice que las mujeres no deben llorar, que es un signo de debilidad.

—Tu padre dice muchas tonterías siempre, no le hagas caso. Menudo golpe, déjame que te limpie la herida. —Eyra mojó una prenda en el agua, y limpió suavemente el corte en la pequeña. Luego sacó un ungüento de una bolsa, y se la colocó con una pequeña sujeción. Skadi sonrió. No tanto por el alivio debido al frescor del agua, sino por tener a su madre cerca, siempre preocupada por ella.

—¿Qué es esa sonrisa pícara? —le preguntó Eyra a su hija mientras le terminaba de aplicar el ungüento.

—Padre también dice que siempre hay que tenerte ocupada, que si no, empiezas con tus prácticas de tiro con arco, y un día nos vas a matar a todos.

—¿Eso dice? —preguntó ella riendo—. Practico para enseñarle, porque la espada sabe manejarla, pero con el arco, le gano siempre, y siempre voy a hacerlo.

—¡Yo también quiero aprender a tirar con el arco! —exclamó Skadi.

—Pues tu padre y yo tenemos una sorpresa para ti. Cuando volvamos a Helgi, tendrás tu propio arco. Te lo has ganado. ¿Qué te parece?

—¡Bien! ¡Mi propio arco! —exclamó Skadi saltando.

—Pero tendrás que ... —Skadi salió corriendo y gritando de alegría como una loca, perdió el equilibrio, y se dio un golpe en el antebrazo izquierdo. Pero, esta vez, sí lloró.

—¡Por todos los dioses! ¿Otra vez? —exclamó Eyra mientras se acercaba a la joven princesa, que seguía en el suelo, llorando cada vez más.

—¡Me duele mucho! ¡Y siento un hormiguelo en la mano! —exclamó al fin la joven. La madre la tomó de la cintura y la levantó. El antebrazo tenía mal aspecto, y parecía haberse roto. Rozó la mano ligeramente con la piel de la niña para asegurarse, la cual reaccionó con dolor.

—¿Cómo puedes darte dos golpes así en un momento, Skadi? —Skadi repitió entre lágrimas:

—¡Me duele!

—Me parece que te has roto el brazo, Skadi. ¡Pero cómo puedes ser tan bruta! —La niña no paraba de llorar. Eyra hizo un gesto a un guardia, que salió corriendo. Al poco, llegó el físico con una bolsa en su mano. Rápidamente tocó a la niña, y enseguida sacó varias cosas de su bolsa.

—Tiene el antebrazo roto, efectivamente —confirmó el físico—. Tendremos que entablillar todo el brazo, y aconsejo volver inmediatamente a Helgi. Quizás...

—¿Quizás qué? —preguntó Eyra. El físico tenía un semblante serio, que no gustaba a la reina.

—Quizás quede afectado el brazo. —Skadi, que estaba cerca y se había calmado algo, volvió a llorar.

—¡No podré usar el arco! —gritó sollozando.

—¡Cálmate, Skadi! ¡Vamos, todos listos para partir de inmediato! —ordenó la reina mientras el físico trataba a Skadi. Luego, este se dirigió a la reina, y le dijo:

—Le he dado un brebaje que la dejará somnolienta y le calmará el dolor durante un rato. Pero deberá reposar, por supuesto, y tendré que controlar su evolución. De momento no parece grave, pero no me gusta nada ese hormiguelo. Puede ser un síntoma de una lesión interna.

—Siempre tan loca, no me extraña que haya ocurrido esto —se quejó Eyra.

—No la recrimine —aconsejó el físico—. Es una niña llena de energía y vitalidad. Es normal en muchos chicos. Y este golpe la llenará de precaución para el futuro.

—¡Eso espero! —rogó Eyra.

La comitiva de la reina partió hacia el castillo de Helgi, con Skadi tumbada en un carro, atendida por el físico. Viajaron con calma para evitar golpes a la niña, y, ya en el castillo, el físico le aplicó un entablillado más sólido que aquel que le había colocado originalmente. Pero el rostro del físico seguía siendo serio, y Skadi era una niña perspicaz y muy inteligente.

Aquella noche, cuando el Sol aún iluminaba los últimos rastros de las altas nubes en el cielo de Helgi, entró su madre a verla a su estancia, iluminada suavemente por unas velas.

—¿Cómo estás, cariño? —le preguntó Eyra sonriente, mientras se sentaba al lado de su cama, y le acariciaba el rostro suavemente.

—Me duele —se quejó Skadi.

—El dolor es un gran enemigo muchas veces —observó Eyra—. Pero no lo olvides: el dolor también es un amigo, porque es el aviso de que algo no funciona bien en nuestro cuerpo, o en nuestro espíritu. Cuando eso sucede, debemos atenderlo con total seriedad, y debemos tomar todas las medidas para localizar la causa del dolor, y poder sanar el problema. Así que, en cierto modo, el dolor también es un aliado; nos ayuda a saber que hay un problema. No queremos tener dolor, pero tampoco debemos obsesionarnos con el dolor, porque puede hacernos olvidar lo importante: que hay que curar un daño. —Skadi frunció el cejo levemente antes de contestar.

—¡Pero madre, yo no quiero tener este dolor!

—Claro, y yo no quiero tener una hija loca que choca contra árboles y piedras a la menor oportunidad —contestó Eyra sonriente—. Pero gracias a los dioses tengo una hija llena de vida que asume riesgos, y ambas debemos aprender de las circunstancias que vivimos a cada momento. Todo esto pasará, ya lo verás. Tú te curarás, y yo dejaré de tener una hija loca, porque se convertirá en una preciosa mujer llena de vida, y luego, en reina.

—Ojalá, madre, sea así, pero el físico me ha visto otra vez y no es muy optimista, y yo podría quedarme sin poder usar mi arco, antes incluso de estrenarlo —dijo la joven con seriedad y tristeza.

—Skadi, atiéndeme. Hay que tener esperanza en que las cosas mejorarán. Siempre. Porque la esperanza es la fuerza que nos ayuda a encontrar salidas, a tomar decisiones, y a romper los muros del dolor y del sufrimiento. —Skadi no parecía estar muy de acuerdo.

—No podré aprender a usar el arco, el que me ibais a regalar — susurró Skadi apenada. Eyra la miró con compasión, pero también con una fuerza que sorprendió a la joven princesa.

—¿Cómo puedes decir eso, mi niña?

—Tengo el brazo roto, y el físico dice que puede complicarse, y que podría quedar afectado para siempre.

—Es cierto —confirmó Eyra—. Pero el físico es un gran maestro, y conoce muy bien su profesión. El físico no puede sino ser realista, y ser prudente, y debe decir siempre la verdad, al menos, hasta donde él la conoce. Pero también es misión de mi querida hija confiar en el físico, y tener esperanza de una cura completa.

—¿Esperanza? ¿Qué esperanza, madre? ¿De qué me servirá si no puedo disparar con el arco, o montar a caballo, o volver a jugar sola, o con mis amigos? —Eyra negó con la cabeza y respondió seria:

—¿Te ha asegurado el físico que no volverás a correr, o que no podrás disparar con el arco? ¿Te ha dicho que no podrás montar a caballo? ¿Qué no podrás jugar con tus amigos?

—No, madre.

—Claro que no. Te ha dicho que está preocupado, pero date cuenta cariño: eres tú la que está imaginando todo tipo de males. ¿Por qué, en lugar de imaginar que vas a tener tantos problemas, no imaginas que vas a cuidarte, a seguir las instrucciones del físico, y a hacer todo lo que te diga, para ponerte bien? Ya te lo he dicho: has de tener esperanza. Porque la esperanza no curará tu hueso, pero te dará fuerzas para que te animes y te preocupes por ponerte bien. Tu futuro también lo modela la esperanza.

—¿Cómo es eso posible, madre? —preguntó Skadi curiosa.

—Porque la esperanza es el faro desde el que podemos observar nuestro futuro. No es un camino, pero sí es una guía de luz que ilumina nuestro camino.

—Eso está muy bien. Pero yo solo quiero poder disparar con el arco. Eyra rió, y le contestó:

—Qué cabezota que eres, no escuchas nada de lo que te digo. Sales a tu abuela.

—La abuela era genial.

—Sí claro, era incluso peor que tú. Ven. Te explicaré algo, porque ya tienes una edad, y debes saberlo. Creo que es el momento adecuado, porque fue la esperanza la que, en una ocasión, me ayudó a salir adelante en una situación muchísimo más grave que un brazo roto. No fue la esperanza la que me dio la solución. Pero sí fue la fuerza que me impulsó a buscar una solución.

—¿Cómo fue eso, madre? —Eyra la miró con cariño, y no pudo evitar que escaparan unas lágrimas de sus ojos. Sonrió, le arregló un poco el pelirrojo cabello revuelto de la niña, y contestó:

—Tú, mi vida, estás aquí porque tuve esperanza una vez. Hubo un tiempo en el que no te habías roto el brazo, sino que tenías algo más grave. Algo que podría ser peligroso para ti. Pero se arregló. No fue un milagro, ni tampoco fue la esperanza por sí sola, los que obraron la cura. Pero, a veces, la esperanza ayuda a construir cosas, y a encontrar soluciones. Soluciones que, con el tiempo, llegan a recordarse como verdaderos milagros.

Skadi se mantuvo en silencio unos instantes. Su madre era una mujer muy vitalista, siempre fuerte, siempre con ánimo. Pero en aquel momento pareció derrumbarse por un momento. Fue un instante, pero Skadi conocía muy bien a su madre. Se incorporó levemente, y la abrazó con el brazo sano.

—Estate quieta, Skadi, estoy bien. Échate, por favor —le rogó Eyra a su hija.

—Madre, ¿qué te ocurre? Me estás preocupando. —Eyra se secó las lágrimas que caían sobre su rostro, mientras sonreía suavemente.

—Ocurre que te quiero mucho, y que quiero que atiendas lo que te voy a contar, porque es muy importante. Se trata de una historia de cuando apenas empezabas a andar, y tu vida, y la mía, estuvieron en peligro. —Skadi se asombró al oír esas palabras, y preguntó:

—¿En peligro? ¿Cómo es eso posible? ¿Qué ocurrió, madre? ¿Fue la guerra? ¿El reino del Norte?

—No, hija. A veces, los peores enemigos no son las personas, sino los miedos en los que viven.

—No te entiendo, madre —se quejó Skadi. Ella la miró. Era joven para comprender ciertas cosas. Pero era mayor para conocer su origen. Así que habló con estas palabras:

—Lo que te voy a contar es algo que muchos podrían llamar milagro. Pero no fue un milagro, ni obra de dioses, sino de algo que los Antiguos conocían, y a lo que denominaban ciencia. Todo empieza el día de tu nacimiento, cuando las trompetas del castillo anunciaron que el Reino del Sur había visto la llegada de una princesa para el reino. Eras tú por supuesto. Pero las cosas no eran como tu padre y yo esperábamos. Naciste con alguna extraña enfermedad que los físicos, incluso los mejores, y también los del norte, no entendían.

— ¿Qué enfermedad era esa, madre?

— En ese momento no lo sabíamos. Pero tu cuerpo... Tu cuerpo era distinto.

— ¿Era una especie de monstruo?

— No, claro que no —aseguró Eyra—. Las enfermedades pueden causar malformaciones o cosas así, pero eso no hace monstruo a un ser humano. Lamentablemente, no todo el mundo lo ve así.

— Ya entiendo; algunos sí me veían como a un monstruo.

— Como a un monstruo no, mi niña. Pero sí como un presagio, como un augurio de mala suerte. Al poco de nacer tú, cuando comenzamos a ver que algo ocurría, llegó uno solo de los barcos que tu padre había mandado en una expedición para buscar restos de nuestros antepasados, más allá de las islas. En ese barco, varios hombres llegaron muy enfermos. Su piel se caía, su pelo se deshilaba, su carne...

— ¿Qué les ocurrió, madre?

— Nadie lo sabe. Ellos tampoco lo sabían. Dicen que fue una maldición por alejarse mucho de la isla, por querer conocer los secretos de los antepasados, que construyeron castillos en el cielo. Pero eso son supersticiones, nada más. Desgraciadamente, aquellos hombres terminaron muriendo. Se empezó a decir que eras tú la responsable de sus muertes. —Skadi abrió la boca, sorprendida.

— ¿Por qué yo, madre?

— Porque tu aspecto podría remotamente recordar a alguno de aquellos hombres, en las mentes enfermas de algunos seres corroidos por la envidia y los celos.

— ¿Se me caía la carne y el pelo, madre? —Eyra sonrió.

— No hija, estabas preciosa, pero los hombres que quieren ver algo malo en alguien, no necesitan grandes esfuerzos para contemplar el peor de los demonios en otros. Lo que te ocurría a ti, y lo que le ocurría a esos hombres, no tenía nada que ver. Yo estaba segura de ello, y tu padre también. También los físicos que trataron a esos hombres. Pero la vileza humana, los rumores, la especulación, y las palabras retorcidas se conjuraron para crear una mentira que fue creciendo por todo el reino. Finalmente, nos acusaron de traer la desgracia a los hombres que habían viajado en esos barcos, y de que el Reino del Sur estaba maldito. Solo había dos soluciones.

— ¿Qué soluciones eran esas?

— Una de ellas nos obligaba, a tu padre, a ti, y a mí, a marchar de la Isla del Sur, tomando un barco, con destino desconocido. El otro...

Era acabar con tu vida. Entonces se rompería la maldición. —Skadi se quedó helada. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Madre, ¿quieres decir que...?

—Quiero decir que el mundo es muy frío y duro a veces, hija mía. Que la envidia y el ansia del poder pueden confabularse contra incluso los seres más inocentes del mundo, y planificar en la oscuridad perversidades terribles. Incluso cuando una niña inocente es la víctima.

—¿Y qué paso, madre? ¿Qué pasó? —preguntó Skadi agitada.

—Pues pasó lo que tenía que pasar. Que yo no perdí la esperanza, ni la ilusión. No solo de salvar tu vida, y la mía por cierto, porque nadie te haría daño sin primero hacérmelo a mí. Pero la promesa que me hice a mí misma no era esa; y mi confianza era mucho mayor. Iba a demostrarles que no podrían hacernos daño. Que esas supersticiones no podrían con nosotros.

—¿Y padre? ¿Qué hacía?

—Tu padre estaba como un loco intentando desentramar esa red que intentaba tomar el poder usándote a ti como excusa. Pero una antigua ley de la isla dice que si el patio y jardines del castillo se llenan de una muchedumbre exigiendo al rey alguna acción concreta, el rey debe aceptarla, sea cual sea. Y el rey, tu padre, temía que pudiera ocurrir eso, y que pidieran tu vida, para terminar con esa maldición que solo existía en la mente de algunos. El tiempo pasaba, y las arengas contra ti aumentaban. Mi temor iba en aumento día a día. Y, finalmente, una noche, salí a escondidas del castillo, contigo en brazos.

—¿Qué miedo, madre! —Ella la miró sonriente.

—Sí, cariño, no te lo voy a negar, tuve mucho miedo. Pero tenía fe.

—¿Qué fe? ¿Se puede tener fe en un momento así?

—Skadi, en realidad, esos son los momentos donde la esperanza ha de brillar más que nunca en tu corazón. Durante la huida, mi anhelo era encontrar un alma gentil y buena que nos diese refugio, que nos ocultase de todo y de todos, al menos hasta poder buscar una solución.

—Pero madre, ¿no fue peligroso?

—Claro que lo fue. Pero mucho más lo era quedarnos en el castillo. Ni a tu padre le dije nada. No podía ir a ver a nadie conocido, porque nos buscarían en sus casas. Tenía que ser alguien del reino que no conociésemos. Salí con algo de comida y agua para ti, y con un poco de ropa para cambiarte. Conseguí llegar a la cuadra, y la guardia me vio, con gran sorpresa para ellos. Me preguntaron a

donde iba, pero les ordené quitarse de en medio. Entonces tomé el caballo que Atenea le regaló a tu padre, y salimos en dirección al Monte Sagrado, Aoraki.

— ¿Ibas a ver a la diosa, madre?

— Iba a buscar refugio cerca del templo. Quizás alguna de las sacerdotisas nos podría dar cobijo. Fue algo que se me ocurrió al salir. Luego, al cabo de dos horas, yo estaba exhausta, tú dormida, y el viento arreciaba. Hacía frío, y tuve que taparte con todo lo que tenía a mano.

— Debió de ser terrible...

— No tanto como negarte un futuro, cariño. Entonces, fue cuando ocurrió.

— ¿Más cosas? — Eyra asintió.

— Aquella fue una noche mágica y especial. Bajé del caballo, contigo en brazos, y me adentré hacia el bosque, buscando refugio. No muy lejos se veían algunas luces. Sabía que por esa zona vivían algunas de las sacerdotisas del templo de Nuestra Divina Señora. Entonces, la vi.

— ¿A quién viste, madre? ¿A una sacerdotisa?

— No. Vi la esperanza. Hecha realidad. Frente a mí. Un rostro que mi miraba con una luz que resplandecía en la noche.

— ¿La esperanza? ¿Un rostro? Madre no entiendo, explícate mejor.

— Atiende, que es importante: yo les pedí a los dioses una oportunidad para ti. Pedí que tu destino no fuese otro que el de la luz de la mañana, que ilumina el sendero de los hombres. Como reina, tu destino era brillar como la aurora de la mañana. Y unos hombres oscuros y malignos querían quitarte todo eso. No lo podía permitir. Huir era la única solución, aunque fuese una solución desesperada, y tras la oscuridad, llega la luz, si se busca. Yo vi más luz esa noche de la que he visto en toda mi vida.

Skadi bostezó. Su madre la observó sonriente.

— Es hora de dormir, mi bella princesa.

— Pero madre, la historia...

— La historia continúa mañana, jovencita.

— Pero madre...

Skadi no pudo continuar. Estaba realmente cansada. Por el viaje, y por el dolor, que la había agotado. Quiso protestar más, pero se fue perdiendo en sus propias quejas, hasta quedar profundamente dormida.

—Duerme bien, mi amor —susurró Eyra—. Mañana conocerás a aquella que fue luz, cuando todo era oscuridad.

Mientras la cuidaba, Eyra se durmió a los pies de la cama de Skadi, y luego, se fue a sus habitaciones para descansar.

Llegará una diosa del cielo

A la mañana siguiente, la reina fue a ver a su hija. Cuando llegó, la cama estaba vacía. Miró por la ventana, y la vio en su lugar preferido: la torre más alta del castillo. Pensó que esa era una actitud peligrosa, dado su estado, pero también se enorgulleció de que tuviera tanta fuerza para desplazarse a aquel lugar, a pesar de su brazo.

Eyra llegó hasta la torre, y encontró a su hija mirando hacia el monte Aoraki. Su semblante era serio, pero pacífico. La reina se sentó junto a ella, y comentó.

— El Monte Sagrado es cada día más hermoso, y más puro.

— Mirarlo me da paz — observó Skadi.

— Claro, porque es un lugar de paz, descanso, y meditación. Por eso el templo está allá, y por eso podemos venerar a los dioses en armonía con la montaña, y con el cielo que la envuelve en un manto azul. — Skadi se volvió lentamente a su madre, y le dijo:

— Madre, lo que me contaste ayer es... Fue terrible.

— En cierto modo sí, fue terrible. Pero todo aquello fue también el inicio de tu cura.

— ¿Vas a contarme el resto? Necesito saberlo, madre — rogó Skadi.

— Para eso he venido. Nos quedamos en que vi la esperanza hecha realidad.

— ¿Cómo es eso posible?

— La esperanza puede ser cualquier cosa. Puede ser un sueño, puede ser un camino, y puede ser una persona. Pero siempre es una guía. Es el mástil donde apoyarnos cuando hay una tormenta, y la fuerza para no desfallecer cuando lo lógico sería desfallecer. Es la voz interior que nos anima a seguir luchando cuando todo está perdido. Pero, en mi caso, la esperanza tenía la mirada azul de una joven mujer, de algo más de veinte años.

— ¿Una joven? — se sorprendió Skadi.

— Así es — respondió Eyra sonriente —. Sus ojos eran azules como el cielo, y su mirada dulce y llena de amor y de paz. Iba vestida de blanco, con unas sandalias de cintas atadas a sus tobillos.

— Madre, era Atenea, ¿verdad? — Eyra ignoró la pregunta, y siguió hablando.

— Ella me sonrió, y me hizo un gesto para que me acercara. Tomó mi cesta con todas las cosas mientras yo te llevaba a ti, y me indicó que

la siguiera. Anduvimos unos minutos, hasta llegar a un pequeño descampado.

— ¿Y qué había allí, madre?

— ¿Has desayunado? ¿Te ha visto el físico esta mañana?

— ¡Madre! ¡Deja eso ahora! ¡Cuéntame! ¿Qué había?

— Obedece y responde. —Skadi resopló, pero era evidente que cuando su madre le preguntaba algo, la respuesta tenía que ser directa e inmediata.

— El pesado del físico me revisó el brazo a primera hora. Hizo unos gestos con la cara, unos ruidos con la boca, y pronunció unas palabras raras. Luego me dijo que hiciera reposo absoluto. Fui a la cocina, desayuné algo, y vine para aquí.

— Ya veo — comentó Eyra entrecerrando los ojos —. Así que reposo absoluto. ¿Eh?

— Madre, ya he contestado. ¿Puedes continuar? ¿Qué había en ese descampado?

— Había algo increíble, no lo vas a creer: un carro volador sin caballos. —Skadi rió.

— Ahora sí que me estás tomando el pelo otra vez, madre.

— En absoluto, Skadi. Me acerqué contigo a aquel carro acompañada de esa dama, y, de pronto, se abrió un portón. Ella, la joven de la mirada azul, sonrió, y me señaló con la mano que pasara, y me sentara contigo.

— ¿Era Atenea, madre? ¿Era Atenea? —Eyra de nuevo ignoró la pregunta, y continuó:

— Cuando me senté, ella lo hizo en un extraño lugar lleno de luces. Entonces, las ventanas se abrieron, y, de pronto, vi el mundo hacerse pequeño, y más pequeño, y más pequeño...

— ¿Cómo es eso posible?

— Ella me lo dijo. Estábamos volando. Aquel carro volador tenía un nombre, ella lo llamaba aerodeslizador. En unos minutos, estábamos en la isla de Rakiura. En uno de los promontorios cercanos a la playa se abrió un portón gigantesco oculto. Entramos con aquel aerodeslizador dentro, y se posó como un pájaro en una sala enorme.

— Madre, no te burles de mí. Estabas soñando.

— Te aseguro que es cierto, Skadi. Pero no te lo he contado todo. Ella me pidió que te tomara en brazos, y que la acompañara. Fuimos caminando por un largo pasillo, hasta una sala muy grande, como la sala de audiencias de tu padre. Ella, la joven de los ojos azules, me dijo:

—Eyra, hija de Elynar, reina del Reino del Sur. He venido porque sé del peligro que corres, y de las amenazas que se ciernen sobre ti y tu hija. —Yo contesté:

—Las amenazas que yo sufra no importan. Las que se vierten sobre mi hija, esas deben ser eliminadas. ¿Podéis ayudarme, señora? —le rogué a esa joven dama.

—Madre, ¿puedes contestar ya de una vez? ¿Era Atenea? —La reina sonrió, y contestó.

—Sí, Skadi. Era nuestra señora, Atenea. La protectora de nuestro reino. —Skadi abrió sus brillantes ojos completamente, y se llevó la mano del brazo sano a la boca en un gesto de asombro absoluto.

—¿Y cómo te sentías al estar con ella? ¿Era como en el rito de la Iniciación? —Eyra dudó unos instantes antes de responder:

—Fue raro... Ella me dijo que no la viera como una diosa. Que era una amiga. Que no quería reverencias, porque no las merecía. Que, en realidad, su vida tenía un límite, como todo lo demás en el mundo, y que su ayuda al Reino del Sur era algo que ella nos debía. Yo le dije que eso es exactamente lo que diría una verdadera diosa. Ella sonrió, y se acercó a ti.

—¿A mí? —Preguntó Skadi asombrada.

—Claro, cariño. Te tomó en sus brazos, sonrió, y tú le sonreíste. Enseguida te estabas riendo con ella, y ella contigo. Entonces te quitó la ropita, y te colocó en una pequeña cama alta y larga, con tres luces en la parte superior. Esas luces no eran antorchas, ni desprendían calor.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé, Skadi. Pero recuerda que todo es posible con los dioses. Luego ella te tocó suavemente, primero la cabeza, el cuello, los brazos, el torso, y finalmente las piernas y los pies. Su rostro era serio. Pero también determinado.

—¿Y qué pasó?

—Sacó un extraño objeto del cinto, y lo acercó. Tenía como una esfera de cristal, y dentro unas figuras que se movían. Ella asintió levemente, y se giró hacia mí. Me miró, y me dijo:

—Tu hija es hermosa, y es maravillosa. Pero ha nacido con una anomalía.

—¿Una maldición? —Pregunté preocupada. La divina Atenea contestó con una dulce voz:

—No, en absoluto. Nada de maldiciones. Nada de demonios, ni de monstruos en una niña tan pura y hermosa. Pero de eso hablaremos

luego. Lo que tiene tu hija es una enfermedad. El nombre no importa, pero afecta a tu hija en diversos sentidos. –Yo, la verdad, empecé a preocuparme por ti.

–¿Era tan grave?

–Calla Skadi, ahora te lo cuento. Le pregunté:

–Quiero saber el nombre de la enfermedad de mi hija, señora, si no os molesta.

–Claro que no me molesta. Es nombre que le dieron los antepasados es el de síndrome de Turner.

–¿Y quién es ese Turner? ¿Qué le ha hecho ese Turner a mi hija?

–No, no –respondió Atenea–. Se llama así, porque fue un hombre eminente, llamado Turner, quien la descubrió.

–¿Y vais a curarla? Sois todopoderosa –le rogué a la diosa. Ella negó con la cabeza.

–No, no soy todopoderosa. Puede parecértelo a ti, por las circunstancias, y por la situación en la que ambas nos hallamos. Pero yo no soy quien para cambiar el curso de la historia de la humanidad. Debo cuidaros como grupo, pero no puedo intervenir en casos concretos. Os he traído para ponerlos a salvo ahora, pero no puedo hacer nada más por ti, o por ella.

–¿Nos vais a abandonar? –le pregunté asustada.

–Eso no lo haré nunca –contestó con determinación. Yo me quise arrodillar ante ella, pero ella me tomó gentilmente de la mano.

–Nunca te arrodilles para pedir algo justo, porque quien busca justicia es quien debe poner de rodillas a quienes no la respetan.

–¡Pero señora, esos que no respetan la justicia son los que quieren terminar con la vida de mi hija!

–Sí, pero esa es la voluntad de hombres malvados, que ansían el poder. Tu hija y su enfermedad no tienen nada que ver, y son solo la excusa. Demasiadas veces la humanidad ha usado a inocentes para sus propósitos más oscuros. La justicia debe prevalecer.

–¿La justicia? ¿Cómo será posible, con hombres que la ignoran para conseguir sus propósitos, y que ignoran toda ley y toda norma? –le pregunté.

–Si no se vive bajo la ley, no habrá sino caos. Has de tener confianza en que los acontecimientos se desarrollen según lo ordena la justicia, y que la verdad y la cordura prevalezcan siempre.

–¡Pero señora, la confianza y la esperanza se han de sostener en algo sólido, sino cae como castillo de arena mojada!

–Es el rey el que ha de solucionar esto. Si hay una sedición en el reino, corresponde a él ponerle fin.

— ¿No teméis por la vida de mi hija? ¿Es que no vais a tener piedad de ella?

— Temo por ella a cada segundo. Cada vida perdida es como un puñal en mi espalda. Quiera el destino que la última guerra sea aquella en la que no hay muertos, ni dolor, ni llanto, y en la que los nuevos hombres y mujeres de la Tierra puedan encontrar otra forma de resolver sus diferencias. — Yo asentí. Sus palabras eran sabias, propias de una diosa. Pero mi corazón clamaba buscar una respuesta de ella. Así que le insistí:

— Señora, el rey está en una situación muy difícil. No podrá solucionar esto sin vuestra ayuda.

— No lo sé, reina Eyra. Quizás va siendo hora de que yo... — Fue en ese momento cuando te pusiste a llorar, Skadi. Atenea se acercó a ti, y te puso la mano encima de nuevo.

— Tiene fiebre — dijo Atenea al cabo de unos segundos—. Necesita la atención de un físico.

— Pero señora, podéis, con vuestros poderes...

— Yo no tengo poderes, reina Eyra. No más de los que tuvieron tus antepasados.

— ¡Pero obráis milagros! ¡Podéis volar en un carro alado! — le dije.

— Todo lo que veis aquí es producto de la ciencia, y del ingenio del ser humano, de una era olvidada hace siglos. La magia queda para los cuentos y los mitos.

— ¿Y la esperanza, mi señora? ¿Queda también para los cuentos? ¿O puedo permitirme el sueño de tener la esperanza de ver sana a mi hija algún día? — Atenea me miró seria, y respondió:

— Tienes todo el derecho a tener esperanza. Vivir sin esperanza sería como el árbol que no echa raíces porque no ha llovido. Puede que no llueva hoy, ni mañana, pero de seguro que lloverá algún día, para traer el agua que el árbol tanto necesita.

— Pues, sed el agua ahora, señora — le rogué—. Sed el manantial del que pueda saciarse mi esperanza, y el futuro de mi hija, incluso del reino. — Atenea se mantuvo en silencio unos instantes. Finalmente, me miró, y me dijo:

— Sois muy persuasiva. Y cabezota. — Yo reí, y le contesté:

— Mi rey me dice lo mismo. Y mi hermana. — Luego Atenea asintió levemente, te tomó en brazos, y te llevó a un extraño aparato. Te metió dentro, y yo me asusté. Le pregunté:

— ¿Qué es esa cosa donde metéis a mi hija, señora?

— No temas nada. Es un resecuenciador de ADN — me contestó Atenea, sin que yo la entendiera.

— ¿Y para qué sirve?

— Sirve para regar tu esperanza con abundante agua fresca, mi reina Eyra.

— Entonces yo me quedé mirando aquel objeto. Tú, Skadi, dormías plácidamente en su interior. Me volví, y le dije a Atenea:

— Si esa cosa es capaz de ayudar a mi hija, construiré un templo en tu honor más grande que el monte Aoraki, mi señora. — Entonces el semblante de Atenea cambió. Me miró, y con voz seria me dijo:

— No has de construir nada para mí. Un abrazo, un beso, y tu sincero agradecimiento, es todo el pago que quiero. Esas costumbres de derrochar esfuerzos vanos en cosas inútiles restan energía para cosas más importantes y necesarias. — Yo le contesté:

— Sois en verdad la protectora del Reino, mi señora. — Ella no contestó. Atenea se acercó a mí. Me puso la mano en la frente. Su piel era cálida, y suave. Me dijo:

— Ahora debéis descansar. Tenéis fiebre también. Yo necesitareé estar unas horas con vuestra hija.

— ¿Se curará?

— Con trabajo, esfuerzo, amor, ciencia, y templanza, puede curarse. Pero has de calmarte ahora. Duerme, y cuando esté todo listo, te avisaré puntualmente...

Mientras escuchaba la historia atentamente, Skadi miró a su madre, sorprendida por lo que le estaba narrando. Luego se imaginó a sí misma en aquella extraña máquina. Miró de nuevo al monte Aoraki, intentando recrear mentalmente la escena que le narraba su madre. El aire de la mañana mecía suavemente su cabello. Al cabo de unos instantes, sin dejar de mirar la montaña, reflexionó:

— Madre, debió ser hermoso estar con ella... — Comentó la princesa sonriente, con los ojos brillantes y luminosos. Eyra contestó:

— Es cierto, fue hermoso. Pero nada tan grande y maravilloso como saber que ella en persona cuidaba de ti. Y de mí también, por cierto, porque yo me sentía desfallecer.

— ¿Y qué paso?

— Pasó que preguntas demasiado.

— ¡Madre! — Eyra rió, y continuó:

— Pasó que dormí unas horas en una extraña cama que flotaba en el aire.

— ¿Cómo puede una cama flotar en el aire, madre?

—¿Cómo puede una princesa interrumpir a su madre con tantas preguntas? —Skadi frunció el ceño, pero no dijo nada. Eyra continuó:

—Luego, tras haber descansado mejor que nunca, me desperté, y la vi ocupada. Entonces Atenea me ofreció una extraña bebida llamada té, y algo muy dulce llamado galletas. El té tenía un sabor amargo, pero era agradable. Me dijo que había conservado esa bebida y esas galletas de mucho tiempo atrás, para una ocasión así. Durante unas horas hablamos de nuestros antepasados. Me contó que antes, siglos atrás, los seres humanos volábamos por los cielos, y vivíamos en otros mundos además de este. Que había grandes naciones, muchas lenguas, como las que tenemos en los libros de la biblioteca y que no podemos leer, y muchas más cosas, maravillosas unas, terribles otras, que prometí no contar a nadie, ni siquiera a ti.

—¿Por qué, madre?

—Porque la humanidad ha de caminar sola, sin ayuda. Ella es una consejera, pero nosotros debemos buscar nuestro propio camino. Y tener la esperanza de que podamos construir un mundo mejor que el que diseñaron nuestros antepasados, que cayó en la guerra y en el dolor, tal como narran las Crónicas de los Einherjar. Debemos luchar por salvar nuestras diferencias, y tender puentes de amistad entre todos, sean pueblos, o individuos. Y nunca perder la esperanza de crear un mundo mejor, más justo, y más solidario. Ella misma perdió a un ser muy querido mucho tiempo atrás, lo cual la dejó herida, pero nunca ha perdido la esperanza de volver a ser feliz algún día.

—Bueno madre, pero ¿cómo acabó todo? —preguntó Skadi expectante.

—Pasaron varias horas. Atenea estuvo ocupada, pero, finalmente, volvió a abrir aquella máquina. Entonces, te sacó de su interior. Y, lo que vi, parecía un milagro.

—¿Un milagro?

—Sí, pero no fue un milagro, Skadi. Sino un logro de nuestros antepasados, que llegaron a sanar a hombres y mujeres muy enfermos, con una ciencia que no podemos ni llegar a imaginar. La humanidad creó grandes maravillas, pero también creó la mayor de las guerras. Y se perdió todo... Tú, sin embargo, estabas ahí. Tu cuerpo era el mismo, pero era distinto. Nada en ti había cambiado, pero había cambiado todo. Sonreías, y ella te sonreía a ti. Os hicisteis amigas al instante, sin duda.

—Yo no recuerdo nada —se quejó Skadi.

— Cariño, apenas comenzabas a caminar. Ella te había curado, haciendo algo en tu cuerpo. Algo maravilloso e increíble, pero que no tenía nada que ver con la magia, sino con el conocimiento de miles de hombres y mujeres, que con mucho esfuerzo y trabajo habían construido esa maravillosa máquina. Pero la máquina en sí no era nada. Lo importante es lo que esa máquina simbolizaba.

— ¿Y qué simbolizaba, madre?

— ¿No lo sabes, Skadi?

— No lo sé, madre. — Eyra sonrió.

— Simbolizaba esperanza. Esperanza en que muchos sueños se pueden alcanzar, con el esfuerzo adecuado, y el trabajo duro. Y que las dificultades se pueden superar. No siempre, pero sí más veces de las que creemos. Una esperanza que la humanidad perdió. Con la pérdida de la esperanza, la humanidad también perdió la capacidad de curar, y de ayudar, a nuestros semejantes. ¿Comprendes ahora por qué es tan importante tener esperanza?

— Sí, madre. Pero ¿y la máquina? ¿No podría curar a otras personas?

— Podría. Pero Atenea hizo una sola excepción contigo. Por amor a ti, y a mí, y porque ella vio en mí una esperanza infinita en tu cura. Era tan grande, que no pudo resistirse a curarte.

— ¿Y entonces? ¿Esa gente mala que quería hacernos daño? ¿Le pediste ayuda a Atenea? ¿Llegó ella con su espada de fuego para acabar con todos?

— No, cariño, la espada no era el camino. Había algo más poderoso: tú.

— ¿Yo, madre? — preguntó Skadi sorprendida.

— Claro. Volví al castillo, y mostré tu cuerpo en una asamblea del pueblo, donde cientos de hombres y mujeres pudieron verte. Comprobaron que era falso que estuvieras enferma, porque eso es lo que creyeron, que todo había sido un engaño. Los conspiradores se vieron obligados a retirarse, y el reino superó la crisis. En pocos días, tú estabas corriendo como una loca, dándote cabezazos con todo. Hasta hoy. — Skadi rió, y se quejó.

— Ten cuidado, no hagas esfuerzos — le pidió Eyra.

— Sí, madre. Es una historia increíble.

— Como todo lo que tiene que ver con Atenea, la dama de ojos claros. Pero también es la consumación de un sueño de esperanza, que llevó a conservar la paz y la prosperidad de nuestro pueblo.

Skadi se acercó a su madre, y le dio un beso en la mejilla.

— ¿Y ese beso?

- Es por lo mal que lo pasaste.
- Mil veces mil que tu vida hubiese estado en peligro, yo habría actuado igual, cariño. Puede que llegue el día en que tú estés en mi posición, y entonces verás que ni siquiera darlo todo te parece suficiente. – Skadi agachó la cabeza levemente, cabizbaja.
- ¿Qué te pasa ahora, cabezota?
- Voy a portarme bien, madre. De verdad. Tendré cuidado.
- Me cuesta creerte. Pero espero que sea así, al menos, mientras ese brazo se cura.
- Te lo prometo. Me cuidaré. No haré más locuras.
- Ya, claro, seguro que sí. Durante unas horas. – Skadi rió y comentó:
- Me gustaría probar esas galletas de las que hablabas.
- Quizás algún día tú misma le podrás pedir la receta a la misma diosa.

Camino al Valhalla

Al cabo de unas semanas, las cosas mejoraron, y el brazo fue sanando. Una noche, Skadi fue a dormir, y Eyra se quedó un rato vigilándola. Luego, la reina salió del castillo, al anochecer. Anduvo un rato, hasta llegar a un lugar recogido. Allá, en la oscuridad de la noche, estaba la dama de negro cabello y ojos azules, que todos llamaban Atenea. Eyra le sonrió, y la dama a ella. Finalmente, la dama le dijo:

—¿Cómo está tu hija?

—Está bien. El físico ha dicho que volverá a tener el brazo en perfectas condiciones. Ella tenía muchas esperanzas de curarse, y se ha cuidado mucho, y ha atendido todas las órdenes que le han dado para que su brazo sanase lo antes posible.

—Me alegro —dijo la dama sonriente—. Siento que, en esta ocasión, no haya podido ayudarte.

—Lo entiendo, mi señora. De todas formas, nuestra ciencia no es como la tuya, pero creo que podremos avanzar de nuevo. Y volver a curar a seres humanos, como tú lo hiciste.

—Esa es mi esperanza —susurró la dama—. Pero tú conoces mi nombre; no temas pronunciarlo.

—Sandra. Es un nombre hermoso.

—Es en todo caso el nombre que me dieron tus antepasados. Ven, te mostraré algo.

Sandra, que era el verdadero nombre de aquella dama, tomó de la mano a la reina Eyra, y la llevó hasta el carro volador, el aerodeslizador, el cual se alzó alto, cada vez más alto, hasta llegar a un lugar que flotaba junto a las estrellas. La reina Eyra no podía creerlo.

—Señora, estamos en el Valhalla. ¿Acaso he muerto en combate y no lo he sabido hasta ahora? —Sandra sonrió.

—No, mi reina Eyra. Este es mi hogar. Flota por encima de las Dos Islas, siempre encima, y desde aquí cuido de la humanidad. Es como una atalaya clavada en el cielo.

—Pero esto es verdadera magia, señora —aseguró Eyra. Sandra negó con la cabeza.

—La magia, mi reina Eyra, es tu amor y tu devoción por tu hija Skadi. Esto no es más que ciencia, una vez más. Avanzada sí, pero es ciencia. Y el ser humano debió aprender hace tiempo que la ciencia

cubre el futuro de la humanidad, pero que del amor depende para darle forma a ese futuro.

—Entonces ¿por qué todo eso de la diosa Atenea? ¿Por qué las crónicas de Einherjar? ¿Por qué hacernos creer en dioses?

—Porque el ser humano necesita esperanza, y necesita luchar, pero por su futuro, no por su extinción. Hace tiempo aprendí que, mientras el ser humano aprende a entender que la ciencia es el camino para resolver sus dilemas, los mitos, los ritos, las religiones, son un camino para darle esperanza. Me lo enseñó un hombre sabio, general de ejércitos y experto en política, de un antiguo país llamado Grecia, cuando ese país se enfrentó a su propio destino, y tuvo que luchar por su libertad. Aquel hombre me pidió que fuese diosa, y me negué. Casi muere aquel país, y con él el futuro de la humanidad, por mi obcecación por no atender sus razones. Comprendí que sus palabras eran sabias, y que estaba versado en la verdad en lo que acontece al ser humano.

—Entiendo, señora: la fe ayuda a superar el dolor, y el sufrimiento. Como mi fe en ti me ayudó a buscar ayuda, y a luchar contra el destino de mi princesa Skadi.

—Así es, reina Eyra. Hasta que el ser humano aprenda a tener fe en sí mismo, en sus posibilidades, en su futuro, en depender de sí mismo para solucionar sus problemas, dependerá de creencias, de mitos, de historias míticas que le infunden valor.

—Pero, ¿no fue la ciencia la perdición del hombre?

—La perdición del hombre fue la codicia, el deseo de poder. Los dioses de los que se habla en las Crónicas de Einherjar fueron hombres. Zeus y Odín fueron poderosos hombres del siglo XXII, y mediante la ciencia sobrevivieron hasta el siglo XXIV, provocando enormes guerras, en toda la galaxia primero en el siglo XXII, y luego en la misma Tierra. Pero de los dos, el más monstruoso fue Zeus, al que yo ayudé en su éxito.

—¿Le ayudasteis?

—Sí. Es una larga historia. Fui engañada. Luego comprendí, no sin un gran dolor y algo de ayuda, la verdad. Pero ya era demasiado tarde. Conseguí que la guerra se detuviese, pero no conseguí salvar a la humanidad entonces. Ahora lo intento de nuevo. Tú, y tu hija, sois la esperanza de la humanidad.

—¿Y por qué me explicáis todo esto, señora? ¿Por qué no al resto del reino? ¿A Skadi? ¿A mi rey?

—Porque ellos no están preparados. Tú sí lo estás. Tu antepasado más lejano del que tengo constancia fue un hombre que inspiró el

deseo del conocimiento, de la verdad por encima de todo, de aceptar la naturaleza y sus pruebas que nos da como la única realidad.

— ¿Quién fue ese hombre, mi señora?

— Recuerda, soy Sandra.

— Me cuesta dirigirme así a mi señora. — Sandra rió.

— ¿Lo ves? Sabes la verdad, pero te cuesta aceptarla. Incluso tú. Ese hombre del que te hablo se llamaba Robert. Fue un amigo mío, durante un tiempo. Luego, por causas que no importan, nos distanciamos. Pero fue un faro para la humanidad. Viajó al pasado, y allí fundó una Sociedad Secreta del Conocimiento, de la Cultura, y del Arte, muchos, muchos siglos atrás, en lo que se llamaba la Grecia Clásica. Su Sociedad luchó por mantener viva la llama del conocimiento y de la ciencia incluso en los momentos más difíciles de la historia del ser humano. Muchos hombres y mujeres han dado su vida por la humanidad, mientras la humanidad ignoraba esos hechos. Fueron grandes hombres, grandes mujeres, que habían jurado lealtad a la supervivencia de la humanidad. Ni yo misma supe de su presencia... hasta que fue demasiado tarde. Y tú eres sangre de su sangre, y tú llevas su nombre en tus genes.

— ¿En... mis genes?

— Sí. En aquello que es más personal de cada ser humano. Por eso te estoy contando la verdad. Porque sé que, aunque te parezca increíble, la aceptarás. Y sé que guardarás este secreto.

— Mi señora puede contar con que nunca le cuente a nadie todo esto.

— No lo contarás ni aun a vuestro rey, o a Skadi.

— Ni a ellos.

— Puede que algún día la humanidad esté preparada para aceptar de nuevo un futuro en paz. Yo lucho por ello cada día. Por ahora, deberé seguir siendo la divina Atenea, la de los ojos claros. No diré nunca la verdad del por qué de todo esto a nadie, pero tú debías saberlo. Si Robert, tu antepasado, estuviese aquí, querría que lo supieras.

— Debió de ser un gran hombre.

— Lo fue. Fue un gran guía de la humanidad. Él, y sus descendientes, no pudieron evitar esta situación en la que nos hallamos. Pero evitaron males terribles que podrían haber terminado con la humanidad mucho antes.

Se hizo el silencio entre ambas. Eyra contemplaba desde un gigantesco ventanal la Tierra, y las dos islas de Nueva Zelanda. Susurró:

—Se ve todo tan pequeño, desde aquí. No se ven fronteras, no se ven marcas. —Sandra sonrió:

—No se ven fronteras, así es. No hay fronteras, si la humanidad no quiere que las haya. Ni físicas, ni espirituales. Ese es mi sueño; que la humanidad aprenda a ver su futuro como tú lo ves ahora. Que lo consiga o no, es difícil de decir. Pero me dejaré la vida en ello si es necesario. Vamos, te devolveré a tu mundo.

Sandra y Eyra entraron en el aerodeslizador de nuevo, que dejó a la reina cerca del castillo, en un lugar oculto de la vista de guardias y curiosos. Eyra salió por el portón trasero. Sandra le tomó la mano, y sonriendo, le dijo:

—Cuídate, reina Eyra.

—Y cuídate tú también, Sandra. Te deseo lo mejor. Pero para mí siempre serás Atenea, la de los ojos claros, y la salvadora de Skadi.

—A Skadi no la salvé yo; la salvó tu amor. Recuérdalo.

—Lo recordaré, mi señora... Sandra.

Ambas se abrazaron. Luego, Eyra volvió al castillo. El nuevo arco y el carcaj con las flechas esperaban a la joven princesa. Pronto, sería la mejor arquera del reino. Y también de las Dos Islas. Años más tarde se casaría con el rey Njord, y tendría un hermoso hijo, que sería conocido como Freyr, que traería la esperanza de una paz eterna para los Dos Reinos del Norte y del Sur.

Pero eso, como suele decirse, es otra historia.

I. Campomanes.

Seis años después...

II. La isla de las mil promesas



Nueva Zelanda. Mediados del siglo XXVII

El verano se ha hecho presente en el castillo de Helgi, y en todo el Reino del Sur. Las Dos Islas resplandecen por un verano que se anuncia propicio al descanso, al arte, y a la meditación. El cielo azul brilla bajo el manto de Odín, que protege a hombres, mujeres y cosechas, y el pueblo lo celebra con una fiesta grandiosa y maravillosa bajo la presencia del Monte Sagrado Aoraki.

El Sacerdote del templo, a la falda de la montaña, ha rogado a la diosa Atenea que la tierra sea propicia y provea de alimentos en abundancia, y la diosa ha respondido iluminando los prados y los campos, y haciendo que crezca la hierba, y brote la lluvia desde más allá del confín del mundo.

En el templo, y luego a las afueras del castillo, todos los habitantes han expresado con cánticos y alabanzas los beneplácitos de la diosa, por su dedicación y su amor por todos los habitantes de las Dos Islas. Incluso los reyes del Reino del Norte están presentes, y ríen y bailan con los reyes del Sur, al son de canciones que recuerdan viejas leyendas de las Crónicas de los Einherjar, que hablan de tiempos lejanos, cuando los propios hombres creyeron ser dioses, y hubo dolor y sufrimiento. Quedan atrás esos recuerdos, y ahora la luz brilla en las Dos Islas, parecería que para siempre.

Todos eran felices en la gran fiesta, en el patio del castillo. Todos, excepto una joven muchacha pelirroja de quince años, que se

encontraba de brazos cruzados sentada en una esquina, cerca del portón principal. Se hallaba cabizbaja, con su arco al hombro, y los verdes ojos perdidos en la distancia. La reina Eyra, su madre, se acercó a ella sonriente, y le preguntó:

— ¿Qué te pasa, Skadi? La gente ríe y disfruta. Las cosechas han sido generosas, los dioses nos sonríen, la divina Atenea nos ha hablado de un futuro en paz y armonía, y el Sol brilla en el cielo. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

— ¿Que accedas a mis deseos, por ejemplo? — Preguntó la princesa todavía con los brazos cruzados, claramente malhumorada. La reina rió, y contestó:

— Eres imposible, cariño. Ya lo hemos hablado.

— Tengo quince años. Ya soy mayor para tomar mis propias decisiones.

— Claro, y para romperte la cabeza por esos mundos de los dioses.

— ¡Tendré cuidado! — Exclamó Skadi.

— No se trata de eso, cielo. No quieres que te acompañe Anaximandro, que siempre te protege. No quieres que te acompañe nadie. Y tú no puedes ir sola por ahí, y menos tan lejos. Ir tú sola al sur, hasta el fiordo de Piopiotahi. ¡Qué locura!

— Anaximandro no puede seguir mi ritmo, y solo hace que protestar y quejarse, y en cada viaje no me deja ni dar un paso sin su consentimiento... Además, yo no quiero ir solamente a Piopiotahi, quiero explorar... — La reina miró a la joven princesa con el cejo fruncido:

— ¿Qué quieres explorar, Skadi? Habla, que ya nos vamos conociendo... — Skadi no pudo reprimir una sonrisa, que su madre reconoció enseguida.

— Pues quiero explorar... la zona de la Isla del Sur, los lugares cercanos... Y...

— ¿Y?... — Preguntó la reina. Skadi gritó:

— ¡Rakiura! — Skadi rió, salió corriendo a través de los bailarines de la fiesta, y su madre fue detrás de ella, gritando su nombre. Pero la joven princesa casi volaba a sus quince años, y la reina llevaba un complicado traje de ceremonia que no le permitía prácticamente ni andar.

Al fin, Eyra gritó:

— ¡Skadi! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí ya! ¡Eres imposible! — Skadi hizo caso omiso del aviso de su madre, y siguió corriendo y dando saltos y

volteretas con una agilidad que sorprendió a todos, que empezaron a aplaudir a la joven. De pronto, en uno de los saltos, Skadi se encontró frente a unos pies de lo que parecía un joven tumbado en un lado, y que llevaba la cabeza tapada por una manta, posiblemente por estar descansando. Skadi se acercó lentamente, levantó la manta, y vio unos ojos acusadores que la miraban seriamente. La joven princesa no pudo reprimir un grito del susto, y luego preguntó con curiosidad:

— ¿Quién eres?

— Njord, hijo de Yngvi, de las tierras del estrecho del norte. Y tú eres evidentemente Skadi, la princesa cuyo arco es casi tan bueno como mi espada.

— Soy la mejor arquera del reino — aseguró Skadi orgullosa.

— ¿De qué sirve un arco si no se sabe manejar la espada?

— Te puedo pinchar el trasero a tres kilómetros antes de que te acerques con tu tonta espada — rió Skadi, que salió de nuevo corriendo hacia su madre y antes de que Njord pudiera contestar nada.

Más tarde, al anochecer, al fuego de la lumbre de la cocina, y al resguardo de los cielos, Skadi preguntó a su madre:

— Madre, ¿conoces a los padres de ese tal Njord? — La reina sonrió, y contestó:

— Sí, por supuesto. Su familia ha sido siempre una fiel ayuda para el reino. Guardan las fronteras del norte, y tu padre siempre confía en ellos para cualquier necesidad. ¿Por qué lo preguntas?

— Por nada, madre — contestó Skadi pensativa. La reina Eyra sonrió. Ella sí sabía el porqué de aquella pregunta. Y se alegró de ello.

Sin embargo, no era eso lo que le preocupaba a Eyra. Se acercó a su hija, y acariciándole el largo pelo rojo, le preguntó:

— ¿A qué viene esa obsesión por Rakiura?

— Madre, las cosas que me has contado sobre la isla, sobre ti, sobre mí... — Eyra rió.

— Claro, claro, las cosas que te he contado... Debería de haberme callado y no haberte dicho nada sobre la isla.

— Entonces aún habría tenido más curiosidad, madre. — La reina asintió, y contestó:

— Lo sé. Por eso le dije a tu padre que a una cabezota persuasiva como tú es imposible intentar ocultarle nada. Eso solo provoca más interés. Pero hija, has de entender una cosa; ya lo hablamos en el

pasado; esa isla pertenece a los dioses. Sabes que tu padre tiene prohibido visitar esa isla.

—¿Por qué, madre? ¿Qué hay en la isla que obligue a padre a prohibirla? ¿Fue porque la visitaste una vez cuando yo era pequeña?

—En parte, sí. Pero no es solo eso; la isla se encuentra en los límites del Manto de Odín, la fuente de luz que envuelve a las Dos Islas, y que nos protege y cuida de tantos peligros. La diosa Atenea creó el manto para todos nosotros, y debemos permanecer siempre al cuidado de su Luz, y de la divina Atenea. Además... —Skadi frunció el ceño, y preguntó:

—¿Además qué, madre? Tú sabes algo que yo no sé. —Eyra sonrió, y miró con ojos brillantes a su hija.

—Tu padre y yo sabemos que eres una exploradora innata. También sabemos que eres lo más importante del mundo para nosotros, pero que no podemos cortar las alas al ave que llevas dentro. Si quieres visitar la isla, hazlo. Pero es importante que tengas en cuenta algo importante:

—¿El qué, madre?

—La isla es un lugar mágico. Poderoso. Lleno de leyendas y de historias de nuestros antepasados. Puede ser una fuente de sabiduría, o un lugar donde el corazón palidezca de temor y de angustia.

—Ahora me estás dando miedo, madre. —Eyra asintió:

—Un poco de miedo no es siempre malo, Skadi, al contrario. El miedo es muchas veces un aviso, como el dolor que sentiste cuando te rompiste el brazo cuando tenías nueve años. ¿Lo recuerdas? —Skadi suspiró.

—Cómo olvidarlo. Aún lo recuerdo como si fuese ayer. Y de eso hace seis años.

—En aquel tiempo te expliqué que el dolor es nuestro amigo, porque nos avisa de que algo va mal, y eso nos ayuda para encontrar una cura. El miedo hace algo parecido, pero con nuestras almas inmortales. Nos enseña que debemos ser precavidos ante los peligros que nos puedan acechar, y ante la incertidumbre de un futuro que siempre se mueve en tinieblas.

—¿Por qué, madre? —La reina tomó la mano de su hija Skadi, sonrió, y respondió:

—Porque, para crear un futuro mejor para todos, para crear un mundo más justo y donde el ser humano pueda vivir en paz, no debemos tener miedo. Pero para evitar ser arrogantes, y aún más, para evitar precipitarnos, unas gotas de prudencia y miedo son

necesarias. Eso nos ayuda a prevenir errores. Debes ser precavida, hija mía, ante las más importantes decisiones.

—No lo entiendo, madre. Padre dice que no hay que tener miedo.

—Tu padre quiere mostrarse altivo. Pero él sabe, como yo, que la prudencia es la base de la vida. Verás, Skadi: cuando saltas al vacío, calculas la distancia. Si esa distancia es pequeña, saltas sin miedo. Si es grande, tu corazón te avisa de que puedes caer con el salto. El miedo te permite saltar, Skadi. Pero el miedo también te impide caer al vacío si la distancia es demasiado grande. Pero, ¿qué ocurre si tienes demasiado miedo?

—No lo sé, madre.

—Ocurre que, entonces, ni el más pequeño de los saltos es posible. Porque cualquier salto, por seguro que sea, encogerá tu corazón, y te impedirá moverte. Si no tienes miedo, saltarás al vacío sin pensar en las consecuencias. Yo quiero que tengas un poquito de miedo cuando tomes decisiones, Skadi. No mucho como para inmovilizarte y bloquearte, ni tampoco demasiado poco como para que des saltos demasiado grandes. En la isla de Rakiura aprenderás a regular tus miedos, tus temores, tus angustias. Y comprenderás por qué el pasado de nuestros antepasados fue un mundo sin miedo, y cuáles fueron las consecuencias de no tener miedo. El futuro debe ser medido y meditado con precaución y respeto. Si hemos de crear un mundo mejor para todos, solo lo conseguiremos con templanza, con racionalidad, y con precaución.

—Pero madre, padre dice que la valentía es el secreto del éxito.

—Lo que tu padre quiere decir es que, cuando el momento de saltar al vacío ha llegado, no debes temer, si has calculado el salto. El miedo nos ayuda a ser precavidos. Pero no debe obstaculizar nuestro salto. Las personas que viven sin miedo son imprudentes y alocadas. Las que viven con demasiado miedo son incapaces incluso de pensar y moverse. Debes buscar un equilibrio, Skadi. Un equilibrio entre la templanza y la locura. Solo así hallarás el camino para una vida en paz y armonía, y solo así un día podrás gobernar el Reino del Sur, con amor, y con sabiduría.

—Entonces, ¿puedo ir a Rakiura? —La reina la miró un instante, le guiñó un ojo, y respondió:

—Cabezota. Eres una cabezota.

—¡Madre!

—No escuchas nada de lo que digo. Solo piensas en la isla. Esta hija loca...

—Madre, sí que escucho. Y no vuelvas a llamarme cabezota. ¿Podré ir? —Eyra suspiró pesadamente.

—Naturalmente que irás. Tu padre y yo lo teníamos planeado hace bastante tiempo. —Skadi abrió los ojos en un claro gesto de sorpresa al oír eso.

—¿Ya lo teníais planeado? ¿Cómo...? —Eyra alzó la mano, y dijo:

—Hija, puede que estés casi tan loca como tu abuela, pero eso tiene sus ventajas. Sabíamos que habías hablado de la isla desde hace tiempo, y sabíamos que tienes que explorarlo todo. Era evidente que nos pedirías ir a la isla. Al parecer, ha llegado el momento. Además...

—¿Además qué, madre?

—¿Recuerdas cuando te conté que estuve contigo y con la divina Atenea en Rakiura?

—Madre, me dijiste que no debemos hablar de eso.

—Lo sé. Pero sé que, en tu corazón, hay un ansia por conocer aquel lugar. Por eso debes ir. Y por eso tu padre y yo hace tiempo que sabíamos que terminarías yendo a la isla.

—Siempre sabes lo que voy a hacer —se quejó Skadi. La reina sonrió, y contestó:

—Claro que sí. Es mi obligación. Eres mi hija. Y quiero lo mejor para ti. Es mi deber adelantarme a tus necesidades y sueños, aunque no siempre sea posible. Irás a la isla de Rakiura. Primero escoltada hasta el fiordo de Piopiotahi, y eso no admite discusión, jovencita. Allí tomarás un barco hasta la isla. Solo podrás llevar ropa de abrigo, buen calzado, una pequeña espada, tu arco, y diez flechas. Además de algo de agua y comida. Allí deberás permanecer por diez días. Luego volverás, si es que puedes volver.

—¿Si es que puedo volver? —Preguntó Skadi dubitativa—. ¿Por qué eso, madre?

—Porque la isla podría atraparte para siempre, Skadi. Está llena de promesas. De sueños. De recuerdos. —Skadi no entendió, y preguntó:

—¿De promesas?

—Promesas de un mundo mejor, donde puedas ser más feliz, que en este castillo de Helgi. Un reino mejor para ti. Un mundo mejor para todos. Pero recuerda: las promesas de un mundo mejor, también conllevan compromisos y obligaciones, y requieren dejar cosas en el ayer. —Skadi bajó la cabeza lentamente, pensativa. Luego la alzó, y dijo:

—Es una enorme responsabilidad ser reina. —Eyra asintió, y contestó:

—Lo es. Y si eres consciente de ello, entonces has dado tu primer paso en suelo firme y seguro. Veremos cómo das el segundo. De ti dependerá, mi bella princesa...

Un camino tortuoso

Skadi llegó al fiordo de Piopiotahi, y de ahí, ya sola y con una barca, a la isla de Rakiura, en la parte este de la misma, entrando por un brazo de mar que la llevó hacia el interior. Llevaba solo lo que su madre dispuso: ropa de abrigo, una pequeña espada, su arco, sus flechas, y algo de comida y agua. Tenía suficientes provisiones para diez días. Y, si era preciso, alguna cosa de pesca o caza que pudiera ser de oportunidad. En esos menesteres ella había demostrado fehacientemente ser capaz y llena de ingenio. ¿Qué podría temer de la isla, excepto la soledad, y el aburrimiento? Porque durante varias horas eso es lo que sintió: soledad, aburrimiento, y cansancio. Nada de sorpresas, nada de encantamientos, nada de dioses ni diosas. Solo árboles y vegetación, y animales que nunca había visto.

Arribó a un claro del tupido bosque al anochecer, y enseguida preparó un fuego. Se calentó un rato, mientras el viento de norte soplaba suave meciendo su rojo cabello, y cantó con su balalaika algunas antiguas canciones de tiempos pasados. Leyendas y mitos que se narraban en las Crónicas de los Einherjar. Historias de héroes y luchas, de amores y sueños, de cielos y mundos lejanos. Luego ahogó el fuego, comprobó que no quedaban rescoldos vivos, y casi al instante se quedó dormida. Profundamente dormida.

Hasta que, de pronto, algo, o alguien, la despertó del sueño. Tomó con agilidad la espada tal como su padre le había enseñado, y miró alrededor en la oscuridad de la noche. Una luna creciente iluminaba suavemente piedras y el cercano río, y podía ver las ramas mecerse al viento de la madrugada.

Había algo, o alguien, oculto tras el claro del bosque. Skadi se volvió, y lo que vio la dejó asombrada. Era una figura. Una figura humana, frente a ella, que la contemplaba. Skadi se levantó de un salto, espada en mano, y preguntó:

- ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? – La figura contestó:
- ¿Y tú? ¿Quién eres tú? ¿Por qué diriges a mí tu espada? – Era una voz femenina. Sonaba con dulzura. Y poderosa. Skadi contestó:
- Soy la princesa Skadi, del Reino del Sur, hija de la reina Eyra y del rey Holger, señora del condado de Raukawa, heredera del Trono Blanco, elegida...

— ¡Basta, basta! — Exclamó la figura. ¿Todos esos títulos son tuyos?
— A Skadi le sorprendió la pregunta. Parecía absurda.
— Míos son, por supuesto. ¿No conoces el Reino del Sur? ¿Ni a los reyes Holger y Eyra? ¿Ni los...?
— ¡Basta de nuevo! — Cortó la figura, que correspondía evidentemente a una dama, que Skadi entendió debía ser adulta, aunque era imposible distinguir su rostro en la oscuridad. La dama inquirió:
— ¿Cómo una niña como tú tiene tantos títulos? ¿Los coleccionas?
— ¿Yo? No... Los tengo desde que nací...
— ¿Desde que naciste? Vaya, eso es genial. Yo no tengo ningún título de esos. ¿Podrías prestarme alguno? — Skadi enarcó las cejas, aún más sorprendida.
— ¿Prestarte uno? Los títulos no se pueden prestar. Pero, ¿quieres decirme quién eres?

La figura se adelantó unos pasos. Entonces extrajo lo que parecía una especie de bastón de un extraño material brillante. Skadi se asustó y alzó la espada en un gesto instintivo, pero el material brillaba cada vez más, y no parecía peligroso, ni tampoco la dama. Al contrario, su presencia parecía emanar una paz especial.

Al cabo de unos segundos, el bastón iluminaba perfectamente ambos rostros. Y entonces, Skadi, por fin, la vio asombrada. Con un susurro, preguntó:

— ¿Eres Nuestra Señora, la Divina Atenea? — La dama sonrió.
— No soy una diosa, si a eso te refieres. Mi nombre es Idún, y vivo en estos bosques desde hace años.
— ¿Y qué haces aquí? ¿Vives con alguien?
— Vivo sola. No es mi misión tener compañía.
— ¿Y cuál es tu misión?
— Eso depende. — Skadi frunció el ceño.
— No te entiendo.
— Depende de a quién tenga delante. Si es a una joven princesa terca y cabezota, mi misión es esperar su llegada a este bosque. A este lado del río. A este claro a la luz de la Luna.
— Pero nadie sabía que iba a llegar hasta aquí. Ni siquiera mis padres.
— Tú sí lo sabías, ¿no es así? De todas formas, tus padres te han enviado a esta isla para que crezcas en experiencias, y para que

combatas tus miedos, tus temores, tus dudas. Quieren que la princesa se convierta en reina, la joven en mujer, y la imprudente en precavida, reflexiva, y cautelosa. Mi misión es que tu camino se abra ante ti, para que puedas caminar segura en las difíciles decisiones que te esperan en la vida.

—¿Eres una enviada de mis padres? —Idún sonrió de nuevo, y respondió:

—No, mi dulce princesa: eres tú la que me envías.

Mundos del ayer y del mañana

Idún hizo un gesto con la mano, Y Skadi entendió que quería que la acompañara. La princesa comenzó a recoger sus cosas, pero Idún la interrumpió:

—No temas, puedes dejar tus cosas aquí. No las necesitarás. Skadi dudó unos instantes, pero la fuerza y convicción de aquella dama eran enormes. Dejó sus cosas, y caminó en silencio con Idún en dirección al oeste, a través del bosque. Al cabo de un rato, Skadi preguntó impaciente:

—¿A dónde vamos? —Idún la miró extrañada.

—No sé a dónde vamos. Tú comenzaste a caminar. Yo te sigo.

—Eso no es cierto —negó Skadi—. Me has indicado el camino. Con la mano.

—¿Yo? Qué va. Estaba quitándome una pelusilla del vestido. En ese momento te pusiste a caminar, y yo te seguí.

—¿Me tomas el pelo? —Preguntó Skadi con enojo. —Idún se detuvo, y observó a Skadi con los brazos cruzados.

—¿Yo? Me parece que no comenzamos muy bien, mi joven e impetuosa princesa.

—Eso creo yo —confirmó Skadi.

—¿Tú sabes a dónde vamos?

—No. Tú has indicado el camino. Yo te he seguido.

—Así que alguien a quien no conoces te dice que la sigas, y tú obedeces. ¿No es así? ¿No te das cuenta?

—¿Cuenta de qué? —Preguntó Skadi sorprendida.

—Eres una princesa. Serás una reina en el futuro. ¿Cómo se te ocurre seguir a alguien solo porque te lo pide?

—Pero...

—Pero nada —cortó Idún—. Si has de ser una gran líder, son los demás los que han de seguirte y obedecerte. Siempre. ¿Has entendido, princesa cabezota?

—Sí, supongo que sí —contestó Skadi bajando la cabeza.

—¿Y ahora? ¿Vas a seguir cometiendo errores? —Skadi comenzó a impacientarse.

—¿Qué error he cometido ahora?

—¿Cómo permites que alguien te diga que eres cabezota, y te dé consejos sin más?

—Pero...

– Pero, pero. ¿Sabes decir algo más que “pero”? Los grandes líderes, los grandes reyes, escuchan lo que se les dice, pero no se dejan amilanar por palabras huecas y gentes que les someten. Tienes que tener tu propio criterio, Skadi.

– Es... ¡es muy complicado! – Idún negó con la cabeza.

– Veo que voy a tener mucho trabajo contigo. Ahora, sigamos.

– ¡Seguiremos cuando yo lo ordene!

– Vaya, la señorita se ha enfadado – comentó Idún.

– ¿No me has dicho que se me ha de obedecer?

– Sí, es cierto; pero eso no significa que puedas imponer tu criterio libremente y con exigencias. Si das una orden, debe ser con calma, con respeto, y con una intención clara y precisa. Y, por supuesto, sin imponer tu liderazgo. Los verdaderos líderes, Skadi, lo son cuando la gente los acepta como tales, no cuando se les impone por ley.

– ¿Y por qué me explicas todo esto?

– ¿Cómo que por qué? ¿No vas a ser reina?

– Sí, voy a ser reina.

– Si has de ser reina, debes aprender que de ti dependerán muchos, y que la calma, la tolerancia, y el respeto, serán la base para crear un mundo donde todos puedan vivir en paz y armonía. Ven, te lo demostraré...

De pronto, el bosque desapareció. Una luz impresionante apareció blanca y brillante, pero no hacía daño a los ojos. Skadi quiso decir algo, cuando, de pronto, se encontró en un camino empedrado. Al fondo se podía ver una ciudad. Era muy distinta de cualquier otra que hubiese visto antes. Edificios bellísimos de piedra se podían ver por todas partes, y en lo alto de una colina, un conjunto de edificios todavía más bellos, con una enorme estatua que Skadi reconoció enseguida. Exclamó, señalando con el dedo:

– ¡Es Nuestra Señora, la Divina Atenea! ¡Está ahí, esa estatua!

– Así es, joven princesa. Esa es la estatua de Atenea Promakhos, defensora de la ciudad, y garante de su supervivencia. Y esos edificios tan bellos son la Acrópolis de Atenas. – Skadi se dio cuenta de que algo raro ocurría:

– ¿Dónde estamos? ¿Dónde está el bosque?

– ¿Qué bosque? No recuerdo ningún bosque. Caminábamos cuando te has detenido, y has señalado la estatua. – Skadi se dio por vencida. Aquella dama era realmente muy rara.

Fue entonces cuando Skadi vio llegar desde la ciudad a una comitiva. Varios hombres escoltaban a otro que caminaba en el centro. Llevaba un extraño casco sobre la cabeza. El hombre, sorprendentemente, se dirigió a Skadi, y la interpeló:

—Princesa Skadi, mi nombre es Pericles, líder de la ciudad de Atenas, y tengo el honor de haber sido elegido por mi pueblo para representar a mi ciudad. En mi nombre, y en el de mi pueblo, os doy la bienvenida. Quieran los dioses que vuestra estancia en nuestra ciudad sea de vuestro agrado, y que podamos acordar beneficios mutuos para nuestros mundos. —Skadi miró de reojo a Idún, que con un gesto con la mano le dejó claro que debía contestar a aquel hombre.

—Eeh... Hola, señor... Pericles... Yo soy Skadi, princesa del Reino del Sur, y me siento muy feliz de encontrarme en vuestros brazos, quiero decir, en un abrazo de amistad eterna entre nuestros pueblos.

—Skadi se giró hacia Idún, que con las cejas alzadas y cara de preocupación le movía el dedo como diciendo que no la mirase. Pericles le preguntó:

—¿A quién miráis, noble princesa? —Skadi se volvió a Pericles. Era evidente que ni él ni su escolta podían ver a Idún.

—A nadie... Solo bromeaba.

—Ah, sí, me han dicho que tenéis muy buen humor. Y buena puntería con el arco.

—Soy la mejor con el arco —aseguró Skadi orgullosa.

—Demostradlo.

Skadi se quedó asombrada. Pero, antes de que quisiese darse cuenta, ya tenía a un soldado hoplita griego a su lado, entregándole un carcaj con flechas y un arco. Era muy diferente del suyo, pero ella no iba a intentar poner excusas. Pericles indicó un árbol cercano, y sobre el mismo colocaron una diana.

Pericles disparó primero. Casi dio en el blanco. Luego lanzó Skadi. La flecha ni siquiera tocó el árbol. Se escucharon algunas risas contenidas. Skadi sacó otra flecha. Dio en el borde del árbol, más cerca, pero sin tocar la diana siquiera. Otras risas se oyeron alrededor. Pericles miraba fijamente a la princesa. Esta dijo con enojo:

– Este arco está defectuoso. Me has engañado con un arco mal equilibrado. No es justo. – Pericles negó con la cabeza, y respondió:
– No es el arco el que falla. Es tu brazo. ¿No lo ves, joven princesa?
– ¿Qué he de ver?
– Que este arco es distinto a los que tú has usado en el pasado. Conocer un arco no significa conocerlos todos. Que sepas reinar en un mundo no significa que puedas reinar en todos. Cada arco tiene su técnica y su estilo, y cada mundo tiene su rey, y sus reglas. Cuando aprendas que otros reinos distintos al tuyo tienen otros reyes, y otros arcos requieren de otras técnicas, crecerás como princesa, crecerás como arquera, y habrás dado un gran paso para convertirte en reina...

Pericles dijo esa frase, y, de pronto, desapareció. Estaban de nuevo en el bosque de la isla de Rakiura. Idún estaba a unos metros, sentada en una piedra, leyendo un pergamino, al lado de un pequeño río que serpenteaba por el bosque. Skadi no entendía nada. Se acercó a Idún, y preguntó:

– ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está Pericles?
– Eso no importa, joven princesa – respondió Idún indiferente –. Has suspendido la prueba del arco.
– ¿Qué prueba? ¿Eso era una prueba?
– Todo en la vida es una prueba, joven princesa. Aquella en la que tú has de adaptarte al arco, y no el arco a ti. Cada nuevo reto es diferente en la vida, Skadi. Cada nuevo problema supone comenzar de cero. Puedes valerte de la experiencia de momentos pasados. Pero un arco nuevo, distinto al tuyo, te hará aprender otra técnica. Cuando seas reina, tu reino tendrá una forma, y un estilo. Pero deberás aprender que otros reinos tienen otras formas, otros estilos. Y deberás adaptarte a ellos si quieres que ellos se adapten a ti, te comprendan, y te respeten. ¿Te ha quedado claro? – Skadi torció la boca levemente, y respondió sumisa:
– Creo que sí. – Idún sonrió, y revolvió el rojo cabello de Skadi con la mano diciendo:
– Muy bien. Veo que eres cabezota, pero no está todo perdido contigo – y volvió a leer el pergamino. Skadi miró lo que leía, pero no entendía nada. Preguntó:
– ¿Qué lees? ¿Es algún libro? – Idún se volvió, y respondió:
– Sí, claro. Es un libro. ¿No lo ves?
– Claro. Pero no entiendo nada. ¿Qué símbolos son esos?

—Son los textos de la historia de una raza lejana, que vive en otro mundo.

—¿Es eso posible? ¿Hay otros mundos?

—Claro, Skadi. Hay infinitos mundos, y están todos en nuestro interior.

De nuevo, algo pasó. El mundo se transformó de nuevo. El bosque desapareció. Estaban a las afueras de un maravilloso palacio de luz. Brillaba con un color azulado impresionante, con siete rayos azules que partían del centro hacia el cielo. En el cielo, se podían ver tres lunas impresionantes: una roja, una azul, y una blanca. Eran parecidas a la Luna de siempre, pero más grandes. A lo lejos, una especie de carro sin caballos y sin ruedas se acercó. Skadi miró a Idún, que estaba de pie a su lado, y esta le conminó a que mirase adelante, y esperase a aquel carro mágico. Del mismo bajó una joven mujer de no más de treinta años. Iba vestida de blanco, y portaba un extraño símbolo en el lado izquierdo superior de la blusa. Eran tres octógonos formando un triángulo equilátero, y, en medio, un cubo situado de lado. La mujer sonrió, y se acercó a Skadi. Hizo una reverencia, que parecía más cómica que otra cosa, y dijo:

—Saludos, princesa Skadi. Os agradezco la visita. ¿Cómo ha sido vuestro viaje, noble princesa? —Skadi miró de reojo a Idún, que, una vez más, le indicaba con el dedo y la mirada que respondiese. Era evidente que esa mujer no podía tampoco ver a Idún. Así que respondió:

—El viaje ha sido agradable, gracias. ¿Vuestro nombre? —La joven sonrió, y contestó:

—Me llamo Helen. Pero mi gente me llama Freyja.

—¿Y dónde estamos?

—¿Tú que crees?

—¿En otro mundo?

—Eso es —afirmó Helen sonriente—. En un mundo que está entre la conciencia y los sueños. Llegamos aquí desde muy lejos, desde otro universo, y nos encontramos con una mujer que nos recibió con amor y ternura. Que nos dio techo y pan, agua y vino, luz y paz. Y que convirtió nuestro dolor en luz. ¿Sabes quién fue esa mujer, Skadi?

—No. No lo sé. —Helen acercó sonriente el dedo índice de su mano derecha a la altura del ombligo de la princesa, y dio un par de toquitos, antes de decir:

—Fuiste tú.

—¿Yo? —Preguntó Skadi asombrada.

—Sí, Skadi. Tú eres el faro en el que se asienta nuestro futuro. Tus palabras, tus actos, cada pensamiento, cada sueño, cada decisión que tomes, afectará a nuestro futuro. Si hemos de crear un mundo mejor, más puro, más sincero, donde el amor y la paz reinen para siempre, tú deberás aprender el valor de la amistad, del compañerismo, y de la solidaridad. Tú, y los tuyos. Pero no todos tienen tan claros esos principios, Skadi. Tú sí los tienes.

—¿Y cómo es eso posible?

—Porque serás reina. Pero eso no es lo más importante. Tendrás un nuevo mundo en una mano; y otro nuevo mundo en la otra. Un mundo será el tuyo; el mundo que aprendiste a conocer, que amaste, y que disfrutaste en tu infancia. El otro mundo será desconocido, y tu corazón se congelará al verlo. Pero ambos mundos son uno solo, Skadi. Te hablarán de dos caminos, pero ten por seguro, que el camino para crear un nuevo mundo es único; el único posible: el de la paz y la concordia entre los pueblos. Ese es el mundo que queremos. Y ese es el mundo por el que merece la pena ser reina. ¿Lo entiendes, mi joven princesa?

—No del todo. —Helen sonrió. Revolvió el cabello rojo de Skadi. Esta dijo:

—Qué manía de todo el mundo con revolverme el pelo. —Helen rió.

—Es una muestra de cariño. Pero tienes razón; nadie tiene por qué revolver tu precioso cabello. Si algo te molesta, si algo te preocupa, si algo te impide seguir adelante, recuerda: nunca, nunca, dejes de decirlo. Cumple tus obligaciones como princesa, y luego como reina. Pero no te sometas a la voluntad de los demás, ni dejes de hablar cuando necesites hacerlo. Todos aquellos a los que amas deben disfrutar de tu amor y tu bondad, pero todos ellos deben igualmente escucharte cuando algo te aflija o te moleste. Si son realmente tus amigos, si son realmente gente que te ama, deberás estar con ellos en lo bueno y en lo malo, y ellos contigo en lo bueno y en lo malo. Y tú, joven princesa, eres la clave de esta historia.

—Pero, ¿dónde estamos? —Helen fue a tocarle el cabello a Skadi de nuevo, y esta la miró recriminándola. Helen rió, y contestó:

—Ya te lo he dicho, mi joven princesa: estamos sumergidos en el país de los sueños...

Desde el mundo de los sueños

Skadi despertó, como de un extraño sueño. Idún no estaba por ningún lado. De hecho, no estaba en aquel extraño lugar con aquellas luces maravillosas, ni frente a la maravillosa ciudad de Atenas, ni en el bosque de la isla. Estaba echada en una extraña cama de metal blanca y larga, con ruedas. Una pequeña sábana tapaba parte de su cuerpo. Alrededor de ella todo parecía hecho de extraños metales, y luces extrañas que se movían por algunas paredes, y otras que iluminaban su rostro, aunque no hacían daño. Levantó un poco la cabeza, y pudo distinguir a su madre, que hablaba con una joven. Pero no era Helen, ni Idún. Era una joven de largo cabello oscuro y ojos azules. Quiso decir algo, pero se tuvo que apoyar de nuevo en una pequeña almohada, y se quedó dormida al instante...

Más tarde, volvió a despertar. Estaba en el castillo de Helgi. En su cuarto. En su cama. Y le dolía bastante la cabeza. Al lado estaba su madre, que la miraba con cierta preocupación. Y el físico, que le observó la cabeza. Gruñó un par de veces, y se fue en silencio, como hacía siempre. Skadi preguntó a su madre:

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo he vuelto al castillo? —Eyra se acercó a su hija, y le puso la mano en las mejillas y en la frente. Susurró:

—La fiebre remite. Menos mal, hija mía. Esta vez sí que nos has dado un susto.

—¿Por qué? Estuve... en... Recuerdo verte. Con alguien. En una extraña sala. Pero antes estaba en Rakiura. —La reina asintió levemente.

—Allí estabas. En la isla. Te golpeaste con algo, y quedaste inconsciente y malherida. Sola, en ese bosque, en esa isla. Qué locura, hija mía. Qué locura.

—No recuerdo golpearme con nada. ¿Y cómo me encontrasteis? —Eyra miró a su hija. Sonrió levemente, y contestó:

—Fue ella. Nuestra Señora. La divina Atenea. Ella era la dama que viste en aquella sala, y que estaba conmigo.

—Yo... quisiera haberla saludado... —gimió Skadi.

—Tú no estabas para saludar a nadie, Skadi. Hazme caso.

—Supongo. Casi no recuerdo nada...

—Estuviste inconsciente varios días. Ahora te has curado. Y, de nuevo, hemos de agradecersele a ella. —Skadi se mantuvo pensativa unos instantes, y dijo:

– Pero yo estuve con una dama en el bosque. No era la dama con la que estabas en esa sala. No recuerdo el nombre... Empezaba por “I” ... Y estuve con un gran líder de una antigua ciudad muy noble y poderosa, y con una joven en un palacio de un mundo de luz...

– Skadi, estabas inconsciente. Todo el rato. Lo que tuviste fueron sueños. O alucinaciones.

– Madre, yo...

– Tú vas a descansar – cortó la reina –. Y vas a prometerme no cometer más locuras. Además, la culpa es mía y de tu padre. Debe servirte de lección a ti, y a nosotros.

– Pero madre, tú sabías que Atenea cuidaba de mí. Por eso me dejaste ir a Rakiura. ¿No es verdad? – Eyra no contestó, pero así era. Miró un instante a su hija, y le dijo:

– Ve afuera un rato luego, si te sientes con fuerzas. El físico ha dicho que debes tomar el aire y beber agua de la fuente. Eso te despejará. Y no vuelvas a pensar en la isla de Rakiura en cien años. ¿Está claro?

– Madre, yo...

– Obedece por una vez en tu vida, Skadi. – La mirada de Eyra era severa. Pero cuando su hija se volvió malhumorada, sonrió.

Más tarde, Skadi salió fuera. Bostezó, y se estiró. El Sol se ponía ya por el horizonte, y el monte Aoraki brillaba hermoso e imponente frente a ella.

De pronto, notó una presencia a su lado. Se volvió, y vio a Idún sonriente. La dama se puso el dedo índice en la boca, y sonriendo, susurró:

– No se lo digas a nadie. Todas esas promesas de un mundo mejor se guardarán en tu corazón durante años, para que sean el viento que sople fuerte sobre la vela de tu nave, impulsando tu futuro y el de tu reino. Pero eso queda para nosotras dos. ¿De acuerdo? Será nuestro secreto.

Skadi fue a contestar, pero Idún desapareció. Ella casi no recordaba nada. De momento.

Años después, ya como reina, Skadi partiría en un barco alado para siempre, y entonces lo recordaría todo. La niña habría dado paso a la mujer, y la princesa a la reina. Y un nuevo mundo la esperaría. Un mundo lleno de sueños increíbles, y de miles de promesas.

III. La tierra de nuestros antepasados

Nuevo relato ambientado en la edad en la que Skadi tiene veintiún años, y debe cumplir su primera misión oficial como princesa del Reino del Sur.

Los primeros rayos de Sol cayeron sobre el Monte Sagrado Aoraki, cuando las trompetas sonaron en el castillo de Helgi. El patio lucía brillante, con la escolta de la reina a punto para pasar revista. Las tropas mostraban sus mejores galas, y las armas brillaban como espejos. La reina Eyra se colocó en lo alto frente a las tropas, asintió levemente, y dijo:

—Hoy tenemos una misión especial. Esa misión se llama paz. Y el objetivo de esa misión solo puede ser uno: negociar con el Reino del Norte un tratado de comercio que permita a personas y mercancías moverse libremente entre los dos reinos, terminando con las interminables disputas territoriales, y acabando con la amenaza de la guerra, de una vez y para siempre. Y, como sabéis, la princesa Skadi quedará al mando del castillo por primera vez. Ahora que el rey ha muerto, ella tomará el mando cuando yo no esté. Y vosotros la obedeceréis.

La reina bajó de la tarima, y se acercó al oficial que comandaba las tropas. Se colocó a su altura, y lo miró friamente primero. Luego, sonrió. Tyr se mantuvo impertérrito. Al fin, la reina habló:

—Tú, mi joven y fiel Tyr, has sido elegido como protector y guía primero de la princesa. Sois joven, pero sois de mi entera confianza. Guiaréis y guardaréis a Skadi, para que sea su voluntad forjada con templanza y con el fuego de la justicia y la libertad, sabia pero no arrogante, fuerte pero no vengativa. Fría, pero no perversa. Amante de su pueblo, al que entregará su cuerpo y su alma para protegerlo. ¿Harás esto por mí? —El soldado, firme y con el rostro alzado, contestó:

—Daré mi vida por ella, mi reina. Si fuere preciso.

—No esperemos llegar a ese punto —comentó la reina. Y añadió:

—Ahora harás algo más que servir de mensajero de citas clandestinas entre mi hija y Njord, el hijo de Yngvi, uno de mis fieles

guardianes de la zona norte. ¿No es así, Tyr? —El soldado tragó saliva, y no dijo nada. Eyra asintió levemente, sin decir nada tampoco.

Luego, la reina Eyra se subió a la tarima de nuevo, y dijo en voz alta:

—Y ahora, demos la bienvenida a la princesa Skadi. Ella os dará unas palabras de aliento, en estos momentos aciagos y difíciles. Hora es de que la niña que fue ayer dé paso a la joven que es hoy, y a la reina que será mañana. Esta será su nueva tarea. ¡Skadi! ¡Preséntate ante tu nueva Guardia de Honor!

Sonaron las trompetas. Los lanceros presentaron sus lanzas, los soldados sus espadas. Se hizo el silencio. Del portón interior debía surgir Skadi.

Pasaron unos segundos sin ningún efecto. Eyra gritó de nuevo, con más fuerza:

—¡Y ahora, demos la bienvenida a la princesa Skadi! ¡Ella os dará unas palabras de aliento, en estos momentos aciagos y difíciles! ¡Hora es de que la niña que fue ayer dé paso a la joven que es hoy, y la reina que será mañana. Esta será su nueva tarea! ¡Skadi! ¡Preséntate ante tu nueva Guardia de Honor!

Pasaron de nuevo unos segundos. Silencio. La reina Eyra susurró:

—¡Por todos los dioses! —Bajó de la tarima, y entró en el castillo. Se dirigió a las habitaciones de la princesa. La encontró vestida, tumbada en la cama. Durmiendo.

—¡Skadi! ¡Skadi! —gritó la reina Eyra. Skadi susurró:

—¿Qué quieres, madre? ¿Me he quedado dormida? ¿Es ya hora para la cosa esa de la Guardia de Honor? —La reina exclamó:

—¡Están abajo! ¡Esperándote en formación! —Skadi levantó la cabeza, miró de reojo a su madre, y se levantó de un salto de la cama.

—¡Madre! ¡Ya voy!

—¿Ya vas? ¿Sabes cómo me has dejado ante toda la Guardia Real?

—Pero ellos ya me conocen, madre...

— ¡Por supuesto que te conocen, y eso solo lo complica más! ¿Qué imagen de guardiana del castillo, del reino, y de futura reina del Reino del Sur estás dando, mientras te quedas dormida en tu alcoba?

— ¿Una imagen... desagradable? — Eyra miró fijamente a su hija. Esta susurró:

— De acuerdo madre, creo que lo entiendo.

— ¿Crees que lo entiendes? Tú no entiendes nada, Skadi. Solo piensas... — De pronto, Eyra trastabilló y cayó al suelo.

— ¡Madre! — gritó Skadi. Se echó al suelo, y movió a su madre. Pronto salió a la puerta, y pidió auxilio. De inmediato llegaron dos físicos y dos ayudantes. La revisaron unos instantes, y se intercambiaron unas palabras. Skadi gritó:

— ¿Qué sucede? ¿Qué sucede, por todos los dioses?

— ¡Skadi, por favor, salid de aquí! — gritó uno de los físicos mientras el otro colocaba a la reina en la cama con la ayuda de los ayudantes.

— Ven conmigo — le rogó uno de los ayudantes—. Deja que los físicos trabajen.

— ¡No! ¡Yo tengo que...!

— ¡Skadi, por favor! ¡Deja que hagan su trabajo!

Skadi salió de su habitación, y el ayudante del médico la llevó a la sala de recepciones. Pronto corrió la noticia por todo el castillo. Al cabo de media hora, se presentó uno de los físicos ante Skadi. Esta se levantó. Miró fijamente al físico, y exclamó:

¿Y bien? ¿Qué sucede con la reina? ¡Hablad! — El físico miró seriamente a Skadi, y contestó:

— No sabemos muy bien qué le sucede, pero sus constantes son débiles. Deberemos tenerla en observación hasta que...

— ¡Pero debéis hacer algo! — El físico se acercó a Skadi.

— Llevo al servicio de vuestra madre, y después al vuestro propio, treinta años. ¿Os he mentado alguna vez? ¿Os he dado falsas esperanzas? ¿Habéis visto que cejara en mi empeño por hacer mi trabajo en alguna ocasión? — Skadi bajó la cabeza. Luego le miró, y contestó:

— Nunca. Habéis sido y sois un noble corazón al que os debemos muchas alegrías durante estos años. Os ruego me perdonéis. Sé que hacéis todo por la reina.

En ese momento entró Tyr.

— ¿Cómo está la reina?

— Descansa ahora — contestó el físico—. Pero no podrá viajar al Reino del Norte para esa importante misión de paz, eso queda completamente descartado. Otro habrá de llevarla a cabo.

Tyr se acercó a Skadi. Le dijo:

— Lo que os voy a decir no lo sabía sino la reina, y pocos más.

— ¿Qué sucede?

— Recibimos recientemente un mensaje de Yngvi.

— ¿Está bien? ¿Y... Njord?

— No temáis. Están bien los dos. Podré seguir haciendo de “secreto” mensajero. Pero ahora la información es crítica. Y pone en peligro a todo el reino.

Skadi había conocido al hijo de Yngvi, Njord, seis años atrás, durante aquella fiesta previa a su viaje a la isla de Rakiura. Luego se habían visto algunas veces, y habían forjado una amistad que había derivado en un amor puro y sincero. Ellos pretendían que era un secreto. Y sus respectivos padres habían pretendido que no sabían que existía tal secreto. Skadi preguntó:

— ¿Qué mensaje es ese de Yngvi?

— Tropas del Reino del Norte se apostan en la isla de Arapawa, en el estrecho. Tememos una invasión inmediata. Tu madre debía viajar para mediar en cualquier nueva petición que tuvieran los reyes del Norte, y negociar un acuerdo de paz, aunque no a cualquier precio. Ahora... deberás viajar tú.

— ¿Yo? — Preguntó Skadi con cara de asombro—. ¡Yo no estoy preparada para algo así!

— Deberás estarlo. Tu padre nos dejó. Tu madre está enferma. Y tú eres la voz de nuestro pueblo ahora. Durante años todos te han aclamado como la Gran Heredera. Aquella que fue bendecida por la propia diosa Atenea. Esto que vivimos hoy es un mensaje del destino. Serás tú quien acuda al norte.

— ¿Cómo va el destino a querer algo así?

— Porque el destino siempre nos pone a prueba, mi princesa. Y ahora, la prueba te ha llegado por fin.

Skadi miró asustada a Tyr, que la observaba serio. Aquello no era ninguna broma, ni ningún juego del pasado. Aquello era un golpe

del destino. La propia Idún le había advertido de aquello, en la isla de Rakiura. Y ahora, ese destino se estaba cumpliendo.

Skadi salió del castillo a caballo. Las tropas de escolta que fuera esperaban a la reina para iniciar el viaje sabían ya de la enfermedad que la misma había sufrido. Cuando apareció Skadi, todos alzaron las espadas, y gritaron de júbilo. Skadi no pudo contener la emoción ni las lágrimas. Se aproximó a la primera fila en su caballo, dio la vuelta, y miró a Tyr, que cabalgaba a su lado, y que iría con ella hasta el fin del mundo para protegerla.

—¿Qué he decir? —Le preguntó Skadi a Tyr angustiada.

—Diles la verdad, como siempre ha de ser en una reina, en una princesa, o en cualquier gobernante. La verdad es el principio por el que se rige la autoridad. Sin verdad, ningún hombre, ni ninguna mujer que ejerza la autoridad, puede gobernar para su pueblo. Habla pues. Y di lo que surja de tu corazón. Ellos lo entenderán.

Skadi le miró temblando. Luego se volvió a los soldados, y gritó:

—¡Soldados del Reino del Sur! ¡Hoy los dioses han querido que yo sea la elegida para una misión crítica! ¡La reina se halla enferma, y los físicos cuidan de ella! Ella... siempre me advirtió que este momento llegaría. Y ahora ha llegado. Nuestro pueblo se apresta de nuevo a una guerra. Y es misión de la reina evitarla. Ahora esa misión es mía. Y haré todo lo que esté en mi mano por detener una nueva contienda. ¿Estáis conmigo?

Todos los soldados alzaron los escudos, y gritaron el nombre de Skadi varias veces. Ella se volvió a Tyr, que sonreía a su lado. Este se acercó, y entre los vítores, le dijo:

—Vamos ya, mi princesa. Hoy se inicia una nueva era, en el reino, y en el mundo. El destino, y la historia, os esperan.

Skadi, Tyr y la escolta que habían partido de Helgi acamparon al anochecer al norte del lago Rotoiti, muy cerca de una antigua población de los Antepasados llamada St Arnaud. El aire era tenso, y Skadi miraba con preocupación a los lados. Tyr, que la observaba de reojo, comentó, mientras afilaba la espada:

- No has de temer nada. – Skadi le miró con incredulidad.
- ¿Que no tema nada? Temo hasta el viento que mueve mi cabello.
- No. No temas nada, no todavía. Las tropas de Yngvi y sus generales guardan estas tierras tras las montañas. Están apostadas en las laderas del noreste, diseminadas y a la espera.
- ¿A la espera de qué?
- Esperaban a la reina. Pero los mensajeros ya les habrán informado. Ahora te esperan a ti. Esperan tus órdenes. Y tus planes para una eventual guerra. – Skadi no pudo reprimir un vuelco a su corazón, cuando escuchó la palabra “guerra”.
- ¿Guerra? ¿Esperáis que yo dirija una guerra? ¿Es que os habéis vuelto loco?

Tyr miró seriamente a Skadi. Dejó la espada sobre una gran piedra, junto al fuego, y respondió:

– Tu misión original era hablar con Frigg, reina del Reino del Norte, y solo con ella, ya que el rey murió recientemente. Pero Frigg está débil y agotada, y parece haber delegado su tarea en su hijo Bálder. Últimamente Bálder parece tener una relación con una tal Electra, de la provincia de Niflheim. Electra es una de las hijas de Forseti, un hombre noble que siempre ha deseado la paz. Pero Electra no parece contemplar esos planes, y es la heredera de gran parte del control de los ejércitos del Norte. Si es así, eso significará que las nuevas generaciones tendréis en vuestras manos un tratado de paz, y si es así, de comercio. Durante tu visita no habrá nada que temer.

– Solo perder mi cabeza – susurró levemente Skadi.

– No será así. Tu padre acordó con el rey del Norte que no habría más cabezas cortadas de vuelta al sur, cuando las negociaciones fracasasen. Pero, una vez de vuelta, la guerra se desatará sin remedio, si no hay un acuerdo. Yngvi ha dispersado nuestras pocas tropas existentes en la zona, para realizar pequeñas escaramuzas. Conocen bien los terrenos escarpados, y una tropa de gran tamaño no se puede defender bien; al contrario. Se entorpecen unos a otros. Yngvi lo sabe. Pero también sabe que tú tienes la última palabra sobre la estrategia a seguir. Si tu negociación fracasa, por supuesto.

– Por supuesto – repitió Skadi con cara de circunstancias –. Mi madre enferma, no sé nada de ella, y yo aquí, pensando que iba a pasar el día de la partida de mi madre en la biblioteca, y practicando tiro con el arco. Y ahora estoy aquí, lista para que me corten la

cabeza. Porque no creo ni una palabra de las promesas de la gente del norte.

– Recuerda a tu padre, que evitó guerras en el pasado, y luchó defendiendo nuestras tierras en otras. Y a tu madre, que supo llevar adelante a las tropas en batalla, y gestionar crisis con una habilidad sorprendente. Ningún general se puede comparar con la destreza de tu madre comandando tropas.

– Lo sé. Han puesto el listón muy alto. Y yo he de superar a ambos.

– Tyr volvió a su espada, y comentó:

– Lo harás. Con tu fuerza, y tu tesón, lo harás.

– Tienes mucha fe en mi, Tyr – susurró Skadi. Tyr respondió:

– Tengo fe en los dioses. En ti tengo la certeza de que serás digna de la sangre de tus padres.

– Hablas como mi padre, a pesar de tu juventud. Eres sin duda un regalo de los dioses para el reino.

– Tengo veintiséis años. Y el regalo es tener gobernantes y oficiales que hagan justicia y escuchen a su pueblo sin palabras vacías y sin falsedades. Si en eso puedo parecerme a tu padre, será un gran regalo para mí y los míos.

A la mañana siguiente, Skadi partió con su grupo de escolta hacia el norte al trote, mientras llegaban confusas noticias de movimientos de tropas del Reino del Norte. Al parecer algunas unidades avanzadas habían penetrado en zonas poco pobladas, e incluso se hablaba de algunos combates localizados. Tyr había mandado dos mensajeros el día de la partida, que llegaron cinco días después, mientras se aproximaban a la zona donde parecía se encontraban las tropas más avanzadas del Reino del Norte. Uno confesó que había esquivado flechas. El otro traía un mensaje de los nuevos proclamados reyes del Norte, del rey Bálder, y otro de la reina Electra.

El de Bálder decía:

“Estimada princesa Skadi, acabamos de saber de la enfermedad de tu madre. Queremos mandarte un sentido abrazo desde el Reino del Norte, y esperamos negociar contigo un tratado de paz que pueda ser satisfactorio para ambas partes. Un afectuoso saludo: rey Déblar”.

El texto de Electra era más directo:

“Estimada Skadi, lamento profundamente la situación de tu madre. Pero tiene su lado positivo; ella ya no deberá llevar el peso de haber perdido los puertos y territorios de la Isla del Sur que por derecho nos pertenecen. Tú llevarás ese peso. Y lo harás con honor. Te esperamos. Ah, posdata. La vida de Njord y su padre no corren peligro. Ya sabes que en estos tiempos aciagos los riesgos son incontables, pero nosotros les protegemos. Un abrazo.”

Skadi leyó los textos, y se los pasó a Tyr sin decir nada, con cara de consternación. Tyr los leyó seriamente, y tras unos instantes, afirmó:

— Al parecer han tomado a Njord y a su padre Yngvi como rehenes. Esto confirma que han llevado a cabo incursiones de cierta importancia. Es evidente que quieren negociar desde una posición de hechos consumados, y de amenaza de vidas amigas.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora? — Preguntó Skadi aterrada. Tyr la miró un momento, y contestó:

— No es a mí a quien corresponde decidir eso. Sino a ti.

— ¿A mí? Yo no tengo ni idea. Tú sabes de estas cosas. De movimiento de tropas, de estrategias, de tácticas...

— El experto es Yngvi. Pero incluso él te diría lo que te voy a decir yo: es a ti a quien corresponde tomar decisiones. Un líder puede pedir consejo para actuar con la información más diversa; pero la decisión final ha de ser suya, y solo suya, así como la responsabilidad de lo que acontezca por esas decisiones. Solo recuerda lo que decía tu padre: “la guerra es el arte de mezclar la estrategia más cuidada con el caos más irracional, para confundir al enemigo más precavido y llevarlo a la mayor de las derrotas”.

Skadi no quedó muy convencida ante aquello. Aquella noche tuvo extrañas pesadillas. Vio escenas de dolor, de guerra, de hambre. Y vio algo que la sobrecogió: una joven que parecía arder en un extraño infierno, mientras dos rostros, de un hombre y una mujer, la observaban.

Cuando despertó, al amanecer, sabía que había llegado el día en que tendría que contactar con Bálder y Electra. Miró a su alrededor, y fue al oficial de guardia que vigilaba el campamento. Le preguntó:

— ¿Dónde está Tyr?

—Señora, Tyr salió esta noche, con una pequeña escolta, para rastrear el terreno. Deberían de haber vuelto hace dos horas.

—¿Qué? ¿Deberían, dices? —Exclamó Skadi—. ¿Se fue sin mi permiso?

—Mi princesa, es su atribución, como jefe de escolta, atender a la seguridad de la princesa, y eso puede incluir inspecciones sobre el terreno.

—Pero, ¿por qué fue él?

—No lo sé. ¿Queréis que prepare una batida para buscarlo?

—¿Estáis loco? ¡De inmediato! ¡Partid enseguida! ¡Y llevad refuerzos suficientes!

—Pero mi princesa...

—¡Llamadme Skadi, no estoy para títulos de princesas ahora!

—La llamaré señora.

—¡Tengo veintiún años!

—No sería procedente... —Skadi suspiró, y contestó:

—¡Está bien, llamadme como queráis! ¡Pero múevete! —El oficial saludó, y contestó:

—Sí, mi señora!

Skadi se dirigió al segundo oficial tras Tyr, llamada Sif, la cual comandaba un grupo de mujeres especialmente preparadas para incursiones de alto peligro. Siempre solían viajar de forma que no llamaran la atención junto al rey o la reina en zonas peligrosas, incluso a veces vestidas como hombres, para no atraer las miradas de las tropas enemigas hasta el momento del ataque. El Reino del Norte siempre se había opuesto a que hubiese mujeres soldado, pero el padre de Skadi no tuvo reparos una vez las vio en acción. Sif, además, había sido amiga de juegos con Skadi años atrás. De hecho Skadi sabía varios trucos especiales con la espada gracias a Sif.

—Sif, necesito hablar contigo. —Sif se cuadró, y contestó:

—Siempre a sus órdenes, princesa Skadi. —Skadi rió un momento. Luego vio que Sif continuaba rígida y seria. Susurró, con voz pesada:

—Supongo que las cosas ya nunca serán lo mismo. Ahora soy la líder del reino, aunque sea quizás temporalmente, y tú una oficial de la guardia.

—Ahora eres nuestra guía, princesa Skadi. Los tiempos de los juegos y de las risas infantiles se han acabado. En tiempos de crisis, no hay

sitio excepto para el trabajo duro, la nula improvisación, y la lucha por la libertad y la justicia de nuestro pueblo.

Skadi bajó la cabeza, y asintió ligeramente. Tyr le había dado una primera patada en el trasero la noche anterior con su discurso sobre sus responsabilidades, y ahora Sif hacía lo mismo, dejándole claro cuáles eran las nuevas prioridades. Los tiempos de las risas y la diversión parecían algo lejano del pasado. Frente a sí tenía una dura tarea. Y estaba sola. Completamente sola. Se dirigió de nuevo a Sif.

—Sif, Tyr ha desaparecido, como ya sabes. Tendrás que acompañarme ahora, y ocupar su lugar en esta expedición, hasta que reaparezca. Si reaparece vivo claro.

—Mi señora, ya que he oído que os vamos a dar ese trato, yo no puedo acompañaros. Los reyes del Norte no admiten mujeres con armas, ni mucho menos escoltas femeninas, en los encuentros oficiales. Además, mi grupo siempre ha sido una institución de perfil bajo. No nos dejamos ver, ni escuchar. Actuamos rápidamente, y desaparecemos. No es prudente que se conozca mucho de nosotras. Mucho menos nuestra condición de mujeres guerreras. Tendréis que actuar sin mí. A no ser que explícitamente me ordenéis que os acompañe.

Skadi vio que el panorama todavía se complicaba más. Asintió, y entendió que tenía que empezar a tomar decisiones. Su padre siempre se lo decía: “cuando has de tomar decisiones en un momento de crisis y con gran presión, todas te parecerán malas. Pero habrás de tomar alguna”.

Por fin Skadi lo entendió. Tenía que hacer frente a aquella situación. Tenía que dejar de quejarse, y enfrentarse a la realidad. Se dirigió al grupo de la Guardia Real, y ordenó:

—¡Levantad el campamento, vamos inmediatamente a encontrarnos con los reyes del Reino del Norte! ¡Solo me acompañará una escolta de cuatro hombres! —El oficial al mando intervino:

—¿Cuatro hombres? Señora, en caso de que os ataquen, con cuatro hombres...

—¡Cuatro hombres! ¡No más!

Los soldados obedecieron, y pronto partieron para el norte. Skadi llevó consigo a cuatro de los hombres que habían sido de la máxima confianza siempre de su madre. Salieron a galope a caballo, hasta que encontraron el lugar donde se hallaban Bálder y Electra, al este de Rapaura, en un campamento militar. Pronto fueron rodeados por un pequeño ejército de soldados. Todos fueron desarmados, aunque nadie se atrevió a quitarle a Skadi el arco y el carcaj que siempre portaba. Solo la espada le fue retirada.

—Ellos se quedan aquí. Tú vienes con nosotros —le dijo un oficial del norte a Skadi. Y añadió:

—Me darás tu arco y tu carcaj.

—Me los quitarás tú si te atreves —contestó Skadi mirándolo fríamente. El soldado iba a contestar, pero aquella mirada tenía un poder y una convicción que le impresionó. Optó por decir:

—Al primer movimiento para usar tu arco...

—Sé a lo que te refieres. Ahora calla, y llévame ante tus reyes.

Los cuatro soldados de Skadi fueron obligados a quedarse en la entrada de la tienda donde se alojaban los nuevos reyes del Norte. Tras unos pasos, Skadi entró en una pequeña estancia. Allá, sentados, con aspecto que pretendía ser protocolario, se encontraban Bálder y Electra. Él sonrió ligeramente. Ella se limitó a mirarla de arriba a abajo, en un examen nada disimulado. Fue Bálder quien se levantó, y habló primero.

—Princesa Skadi, qué alegría. Nos honras con tu visita. —Electra intervino:

—¿Cómo te han dejado pasar con el arco y el carcaj? Voy a tener que tomar medidas drásticas con la guardia. —Skadi intervino entonces:

—No se han atrevido a tocarme. Al parecer, la princesa bendecida por la propia divina Atenea, la de los ojos claros, no puede ser tocada sin sufrir las consecuencias de la ira de la diosa.

—Eso dicen —susurró Bálder—. Que tienes el beneplácito de los dioses. Y, más concretamente, de la divina Atenea. Pero ella no aparecerá para ayudarte en este momento, ni para darte consejo. Sí tendrás que entender que nuestras reclamaciones son legítimas, y un legado pendiente del Reino del Sur a nuestro reino.

—Lo primero que quiero saber es dónde se encuentran, y en qué estado, Yngvi y su hijo Njord. —Electra sonrió, y contestó:

—Veo que das paso primero a tu corazón que a tu papel como princesa representante del Sur. —Skadi no se amilanó con la insinuación de Electra.

—Sé que se sabe que Njord y yo mantenemos una relación sentimental. Es cierto. Y él será pronto el heredero de la corona, junto a mí. Pero ahora no pregunto por él como amante, sino como princesa. —Bálder respondió:

—No has de temer por ellos. Están en buen estado. Serán devueltos sanos y salvos una vez hayamos firmado el acuerdo.

—Si hay acuerdo —advirtió Electra—. Si no, también os los devolveremos, pero no merecerá la pena ver sus cuerpos mutilados.

—Bálder intervino:

—Electra, no hace falta ser tan explícita.

—¿Por qué no? Que la princesa del Sur sepa lo que haremos. ¿No queremos fomentar un diálogo abierto entre nuestros respectivos pueblos? Pues bien, esta es una simple muestra de ese deseo.

Bálder no dijo nada. Skadi prefirió no contestar, y preguntó:

—¿Cuáles son vuestras reivindicaciones?

—La isla de Arapawa, y todos los territorios al noroeste de la isla. Y el territorio hasta el límite de Rapaura. —Skadi asintió levemente.

—Entiendo. Esas son las antiguas reivindicaciones que ya hiciera tu padre al mío, y tu abuelo al mío. La respuesta siempre fue la misma. Y ahora no atenderé a ningún cambio a esa vieja reivindicación. —Electra intervino:

—Esas reivindicaciones han costado dos guerras.

—Y dos guerras más deberán cubrir estas tierras si es preciso. Pero la tierra es nuestra.

—¿Arriesgarás a una guerra por unos cuantos acres y unos puertos?

—Preguntó Bálder.

—Sabéis bien que no son unos cuantos acres, ni esos puertos. El problema no es ceder ahora. El problema es que, si cedo ahora, luego marcaréis una nueva línea, más al sur. Y luego otra. Hasta que el Reino del Sur se concentre en el fiordo de Piopiotahi. Y luego nos echaréis al mar. —Electra miró con gesto seco a Skadi.

—No tienes otro remedio. Desde que murió tu padre, tu ejército se ha esquilado. Tu madre ha dedicado recursos a la mejora de la población, construcción de nuevos caminos, y a la mejora de los sistemas de riego. Pero ha olvidado que un reino que baja sus defensas es un reino dispuesto a ser tomado. Nosotros, sin embargo,

no haremos eso. Firmaremos el tratado de comercio que negociaban el padre de Bálder y tu padre, y luego tu madre, y la población del Reino del Sur podrá tener libre paso por el territorio que nos habrás cedido. Será un pacto beneficioso para ambas partes. No tomaremos más terreno que el que nos pertenece.

Skadi iba a contestar. Pero, de pronto, supo que la descripción que daba era cierta. El ejército del Reino del Sur había declinado. Las fronteras se habían guardado con tres y hasta cuatro veces más tropas en el pasado de las que había en la actualidad. Se sabía que las tropas del Norte habían crecido en soldados, equipamiento y entrenamiento. Y Njord y su padre Yngvi estaban en manos de Bálder y Electra.

¿Cómo habían llegado a esa situación? ¿Cómo pudo su madre permitir algo así? Ahora lo tenía claro; era una locura. Pero ella no había sido consciente de ello. Ella había vivido en su mundo de juegos y sueños. Y la realidad se había hecho evidente y directa de un día para el otro, de forma casi brutal. Y ahora tendría que tomar decisiones. Y lo haría.

Skadi se mantuvo en silencio. Entonces intervino Bálder:

—No tienes que tomar la decisión ahora. Vuelve con tus tropas, y pide consejo a tus consejeros y a la noche.

—O quédate aquí a dormir —añadió Electra. Skadi entonces alzó la vista, miró a Electra, y contestó:

—Dormir aquí es invitarte a que yo tome la decisión bajo tu atenta mirada, y puede que con estímulos extra. No. Volveré, y mañana, al alba, traeré mi decisión. —Electra asintió, y contestó:

—La única decisión posible. Si has de evitar la guerra.

—Dos son necesarios para evitar una guerra —aclaró Skadi—. Y yo no seré quien la invoque. En el nombre de nuestros padres, de nuestros antepasados, y de la tierra de nuestros antepasados, lucharé por la paz. Ahora, y siempre.

Skadi se retiró, y fue escoltada por los cuatro guardias que la habían esperado. Llegó a una pequeña construcción que servía de refugio a las tropas de aquella zona. Sif se acercó entonces:

—Señora, hemos localizado a Yngvi, y a Njord. —A Skadi casi le dio un vuelco el corazón. Preguntó:

– ¿Dónde están, y en qué estado se hallan?

– Están en la fortaleza de Rarangi, que ha sido tomada por tropas del Norte. Su estado es bueno. Están fuertemente custodiados. Pero una infiltración nocturna con mi grupo podría liberarlos.

Skadi se mantuvo en silencio. Liberarlos sería hacer justicia, pues eran prisioneros, y estaban siendo empleados como moneda de cambio. Pero eso podría provocar una guerra abierta con el Reino del Norte.

– ¿Cuánto tiempo tengo para tomar una decisión?

– Una hora, dos máximo. Luego no podremos asegurar la operación, necesitamos noche cerrada antes de terminar la operación.

– Preséntate dentro de una hora. Y te daré mi respuesta.

Sif se cuadró y saludó militarmente, retirándose luego. Parecía que era ayer cuando ellas dos jugaban como locas por los campos y el castillo de Helgi. Ahora las risas y las locuras daban paso a un mundo frío y tétrico. Un mundo de amenazas de guerra y muerte. El tiempo es el juez final que juzga todos y cada uno de nuestros actos en vida.

Skadi se sentó en el camastro. Pensó en su padre, y en su madre. ¿Cómo estaría ella? Las noticias que habían llegado no auguraban nada bueno. No pudo reprimir unas lágrimas. Aquello era un golpe brutal. En solo unos días había visto enfermar gravemente a su madre, y había visto al Reino del Sur ponerse de rodillas frente al poder del Norte. Y sobre ella descansaban las decisiones que podrían evitar una guerra, a cambio de perder una parte del Reino, o iniciar una contienda, con la pérdida de incontables vidas inocentes.

De pronto, notó una presencia. Iba, como de costumbre, a buscar su espada. Pero algo le dijo que no era necesario. Levantó la vista, y allá, en el fondo, y en penumbras, vio una presencia. En unos instantes, aquella figura dio dos pasos, y quedó levemente iluminada por los tres candiles de la habitación. Se trataba de una mujer morena, de cabello largo y oscuro, y ojos azulados, con una dulce sonrisa de paz. Con un aspecto de tener algo más de veinte años, vestía con una toga blanca tocada de un cinturón de plata, y

unas zapatillas también de plata con cintas de oro alrededor de los tobillos. Skadi se levantó, y exclamó:

— ¡Divina Señora, Atenea! ¡No os veía desde el Rito de la Ascensión! ¡En qué momento más acertado hacéis notar vuestra presencia! — Skadi se acercó, y se arrodilló frente a la diosa. Esta le respondió:

— No soy un ídolo de piedra o madera que deba ser adorado hincando las rodillas en el frío suelo. Levanta, pues no se han de arrodillar los hombres y mujeres frente a sus dioses, sino estos ante el sacrificio y el dolor de los mortales a los que atienden. Tales palabras le dije a tu madre, y ahora tú deberás seguirlas también.

— Mi madre... ¿Sabéis cómo está mi madre?

— Tu madre es una mujer mortal, Skadi. Y la mortalidad define al ser humano. Que muera o no, no es algo que yo deba decirte. Ni siquiera los dioses somos libres de enfrentarnos a nuestro destino llegado el día. Solo puedo decirte que, no estando ella, tú eres quien toma las decisiones.

— ¡Pero la guerra se acerca! ¡Y yo seré quien quede manchada en la historia si cedo ante los reyes del Norte! ¿Qué puedo hacer? — Atenea sonrió. Puso su mano derecha en la mejilla de Skadi, y contestó:

— No hay manchas en ti, ni puede haberlas, mi pequeña Skadi. Tu corazón es noble, y tus intenciones siempre buenas. Puedes errar y equivocarte. Pero eso es también propio del ser humano. Son las ofensas, la ira, el odio, la venganza, quienes mancillan el alma del ser humano. Con tu voluntad y deseo de un mundo mejor puedes ganar o fracasar. Pero nunca mancillar la historia de tu reino, ni de tu pueblo, ni de ti misma.

— ¿Y qué me aconsejáis? ¿Debo avisar a Sif para que libere a los prisioneros? ¿Debo ceder ante los reyes del Norte?

— Debes escucharte a ti misma, y no tanto sopesar lo que sientes tú, sino también lo que sienten ellos, los reyes del Norte. ¿Qué te dice tu corazón?

— Que los reyes del Norte conocen nuestra debilidad. Y que nos aplastarán si no cedo.

— De acuerdo. Entonces, parece claro qué debes hacer. ¿No es así? — Skadi suspiró. Miró a la diosa, y dijo:

— Sí. Ceder. Que tomen el territorio que exigen. Así salvaremos miles de vidas. Y liberaremos a los prisioneros sin represalias.

— De acuerdo. ¿Y entonces?

– Entonces continuarán llevando a cabo sus planes. Tal como les dije que harían.

– ¿Y qué ocurrirá?

– En poco tiempo el Reino del Sur habrá desaparecido, convertido en un vasallo del Reino del Norte.

– ¿No lo ves, Skadi? Tú misma te estás contestando. No necesitas a los dioses.

– Sois la luz que ilumina mi mente, mi señora. Con vos lo veo todo claro.

– No, Skadi. Conmigo solo exteriorizas tus emociones, tus miedos, tus preocupaciones. Pero eres tú, y solo tú, quien gestiona esos sentimientos. Yo solo soy una fuente que te permite concentrarte en tus preocupaciones. Pero quien busca las soluciones y el camino eres tú, y solo tú. Y así ha de ser.

– Pero señora... – Atenea puso un dedo en los labios de Skadi, y añadió:

– Demasiadas palabras, y demasiados hechos para un día tan duro y largo. Duerme ahora. Yo misma avisaré a Sif de tus planes. Y esos planes son...

– Que debe liberar inmediatamente a los prisioneros. No permitiremos ninguna humillación, y ni un solo prisionero contra su voluntad. Jamás cederemos nuestras tierras sin lucha.

– Muy bien. Esa es tu voluntad. Hablaré con ella. Ahora duerme.

– ¿Dormir? ¿Cómo puedo dormir?

– Duerme. Descansa.

De pronto Skadi se sintió pesada. Se echó en la cama, y quedó profundamente dormida. Atenea la observó, y susurró:

– Hoy has tomado la primera gran decisión de tu vida. Otras vendrán luego. Pero esta siempre será recordada como la más importante. Porque fue la primera. Y la primera decisión es siempre la más importante, porque es la que abre el camino a un nuevo futuro, y a un nuevo mundo. Descansa ahora, princesa Skadi.

A la mañana siguiente, Skadi se vistió rápidamente, se puso el uniforme de combate, y salió rápidamente a caballo con su escolta de cuatro soldados. Sif le informó del éxito de la operación para liberar a Njord y a su padre. Skadi se alegró, pero no había tiempo para celebraciones en aquella situación. Informó a Sif personalmente de su voluntad de no ceder ni un palmo de tierra, y de que preparasen todas las tropas disponibles para hacer frente al ataque

principal de las fuerzas del Norte, si finalmente estallaba la guerra. Sif le preguntó:

—¿No queréis ver a Yngvi y Njord primero?

—No hay tiempo. Ya habrá ocasión para los abrazos y los reencuentros. Ahora es el momento de actuar. Dentro de una hora, que todas las trompetas suenen al unísono. Da la orden, y que se extienda.

—¡Sí, mi señora!

Skadi se apresuró al galope hasta la tienda de los reyes del Norte. Bajó del caballo, y se dirigió a Bálder y Electra. Entró con paso decidido. Electra fue quien habló primero.

—Princesa Skadi, debes saber que habéis constituido un acto de guerra liberando a los prisioneros.

—Sin duda —confirmó Skadi—. Y otro acto de guerra es este que os traigo.

—Vaya, parecéis otra —comentó Electra sorprendida.

—Otra soy. Vengo a daros mi respuesta. —Bálder preguntó:

—¿Y cuál ha de ser esa respuesta?

—No cederemos ni un palmo de tierra. Habrá guerra. Sí, es posible que nuestro reino se haya debilitado. Es posible que no dispongamos de fuerzas. Y es posible que estemos en inferioridad clara en tropas y armamento. Pero lucharemos. Por nuestra tierra, por nuestra gente, y por nuestro futuro, lucharemos. Os haremos frente. Puede que seamos derrotados. Puede que caigamos. Puede que el Reino del Sur desaparezca. Puede que terminemos siendo unas líneas en la historia. Pero el Norte recordará esta batalla durante generaciones. Y la herida se extenderá a los hijos de vuestros hijos. Sea pues; el destino está esperando.

Skadi se mantuvo en silencio. En ese momento, comenzaron a escucharse trompetas. Numerosas trompetas sonaban del norte, del sur, del este, y del oeste, llamando a la guerra. De pronto, entró un oficial del Reino del Norte. Se arrodilló frente a Bálder diciendo:

—¡Señor! ¡Tropas del Reino del Sur apostadas en gran número aparecen por levante y poniente, en una pinza gigantesca que envuelve nuestras tropas!

—¿Qué decís? —Preguntó Electra con aspereza—. Debes de estar loco. No tienen tropas ni para organizar una legión completa de soldados.

—Mi señora, están ahí. Al menos cinco legiones. Puede que seis.

—¿Cinco legiones? —Preguntó a su vez Déblar—. ¿Estás loco?

En ese momento entraron dos oficiales más del reino del Norte. Su cara era de temor.

—¡Mi rey! ¡Barcos del Sur se acercan por la costa en gran número! ¡Han aparecido desde el este! ¡Son numerosos! —Electra sonrió, y se acercó a Skadi.

—Vaya vaya con la princesa. Teníais todo esto preparado, ¿eh? Has dado tiempo a tus tropas ocultas para aparecer y organizarse. No era cierto que vuestro ejército fuese solo una sombra del pasado. Al parecer ha permanecido oculto a nuestros ojos. Y está listo y armado en gran cantidad. ¿Cómo lo habéis hecho? ¿Cómo habéis ocultado todas esas tropas a nuestros servicios de reconocimiento? —Skadi, que no sabía nada de esas tropas del Sur que estaban apareciendo al parecer de todas partes, respondió:

—Con habilidad, con maestría, y con la sabia convicción de que vuestra torpeza lo haría posible. Ahora sabréis que el Reino del Sur no se doblega ante la voluntad del Norte. Os hemos rodeado. Y ahora solo os queda luchar, o huir al norte.

Bálder y Electra se miraron. Fue aquel el que habló:

—Ahora nos retiraremos al Norte. Y tendremos nuevas conversaciones sobre este y otros temas en el futuro, princesa Skadi.

—Ella sonrió, y respondió:

—Por supuesto. Podéis ir en paz. Y recordad: estaremos preparados.

Las tropas del Norte comenzaron a retirarse. Skadi abandonó el campamento militar, y volvió al refugio, mientras pensaba en ese oportuno cambio de rumbo. Tendría que averiguar qué había sucedido.

Al llegar a refugio con su escolta, vio a Yngvi y a Njord, que la saludaban sonrientes. Skadi corrió a abrazarse a Njord en un gesto poco apropiado para una princesa, pero que todos celebraron con vítores y aplausos. Luego fue a hacer un gesto de reverencia ante

Yngvi, pero se dio cuenta de que aquello no sería apropiado. Fue Yngvi el que se inclinó levemente.

—Princesa Skadi, un honor poder departir estas horas de triunfo contigo. Ya hemos verificado que las tropas del Norte han comenzado a retirarse. Solo siento lo que le ha sucedido a vuestra madre, nuestra reina.

—Decidme, Yngvi: teníais todo esto preparado. ¿No es así? Había tropas dispuestas, camufladas, en gran número. Ha sido una maniobra para atraer al Reino del Norte a una trampa, y hacerle entender el peligro de una invasión.

—Naturalmente —respondió Yngvi—. Apostamos tropas como campesinos, como marineros, como obreros. Todos preparados para que pareciera que no existía realmente un ejército. De ese modo atraeríamos las ambiciones del Norte hacia nosotros, para encerrarlos en un círculo, como así ha sido. Ahora han recibido una lección. De la que se repondrán sin duda, y volverán, podéis estar segura de ello. Pero habremos ganado tiempo, y hemos conocido nuestros puntos débiles ante un desembarco armado. Lo organizamos todo con vuestra madre. Pero preferimos que no supieseis nada.

—¿Por qué?

—Porque no estabais preparada.

—¿Que no estaba preparada? —Exclamó Skadi. Njord intervino:

—No era prudente que se supiese que las tropas y barcos eran mucho más numerosos de lo que los reyes del Norte creían, mientras se desplazaban de sus bases hasta los puntos donde podrían realizar la pinza a las tropas del Norte. Vuestra... inexperiencia aconsejaba no deciros nada, para no descubrir la estrategia antes de que fuera efectiva. —Skadi asintió, y susurró:

—Claro. La loca princesa Skadi, siempre metiendo la pata con su arco. —Yngvi rió, y contestó:

—No, mi señora. Imprudente. Joven. Inexperta. No loca. Formaba parte del plan no deciros nada, para que fuese creíble que los reyes Bálder y Electra pensarán en una derrota factible y real del Reino del Sur.

—Entiendo. Y yo estaba desesperada.

—Eso forma parte de la experiencia de ser reina —aseguró Yngvi—. Habréis de vivir esa sensación muchas veces en el futuro, si queréis gobernar el reino.

—Comprendo. Y he de estar de acuerdo. Ha sido una experiencia dura. Terrible. Pero necesaria. Menos mal que no ha habido más, digamos, “sorpresas” por vuestra parte.

Una voz se escuchó desde atrás. Era Tyr, que apareció brillante, diciendo:

—En realidad, sí hay más sorpresas, mi señora —comentó mientras se acercaba. Skadi le preguntó:

—¿No estabas prisionero con ellos? —Tyr negó, y respondió:

—No. Nunca fui prisionero de los reyes del Norte.

—¿Entonces?...

—Os dejé sola, para que sola os enfrentarais a la situación. Os apoyabais demasiado en mí. Es importante tener consejeros. Pero es importante que una futura reina aprenda a tomar decisiones con presión, y sola. Y lo habéis hecho. Con gran esmero.

—¡Maldito...! —De pronto, Skadi se dio cuenta de que ese lenguaje ya no era el más apropiado. Yngvi rió de nuevo.

—Eso fue idea de Tyr, que me informó antes de que fuese tomado prisionero con mi hijo. Y fue un acierto. Sé que fue duro. Pero fue necesario.

Skadi asintió levemente. Luego dijo:

—Os debería echar a los tiburones. A los tres. —Ingvy sonrió, y respondió:

—¿Y cómo os vais a casar con el inútil de mi hijo, y tener preciosos herederos? —Y soltó una gran carcajada. Todos rieron, mientras Skadi se tornaba roja de la vergüenza.

Más tarde, aquella noche, se hizo una celebración especial y una fiesta de la victoria, de una guerra que no llegó a suceder. Porque las mayores victorias en las guerras se producen cuando no hay guerras que padecer.

A la mañana siguiente, La reina Eyra finalmente falleció, y todo el reino fue informado. Hubo una semana de luto, mientras Skadi volvía serena por haber encontrado solución a aquella crisis, y muy dolida por la terrible pérdida de su madre.

Al cabo de unas semanas, se anunció el compromiso de boda entre Skadi y Njord. Una noticia que recorrió todo el reino. La boda fue impresionante, y la propia diosa Atenea hizo una aparición para bendecir a los dos contrayentes. Skadi miró sonriente a la diosa de los ojos claros, y ésta le devolvió la mirada con otra sonrisa y un guiño en los ojos. Pero tiempos aciagos se acercaban. El Norte no iba a callar por mucho tiempo.

Y estarían preparados. Siempre firmes, siempre dispuestos.

Pero, eso, como suele decirse, es otra historia.
